

SERVICIO
SECRETO

SS

GRITOS PAVOROSOS EN LA NOCHE

Ada Coretti





SERVICIO SECRETO



ADA CORETTI

GRITOS PAVOROSOS EN LA NOCHE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.586

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02 02513 7
Depósito legal: B. 30.640-1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1980
© Ada Coretti - 1980

texto
© Miguel García - 1980

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo
que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

De aquel centro psiquiátrico —antes llamado por todos el manicomio de San Patricio—, se habían escapado tres enfermos.

—Son peligrosos —había dicho el director—. Hay que avisar inmediatamente a la policía.

Uno de ellos se llamaba Frank. Alto y fuerte, de unos treinta y cinco años, perdió la razón luego de asesinar a hachazos a su esposa y a su hijo. Se cebó en ellos de una forma tan atroz, tan honorífica, que la verdad es que los cuerpos de ambos acabaron en pedazos en medio de un charco espeluznante de sangre. Al parecer la esposa le era infiel y el hijo era de su amante.

El otro, llamado Robert, bajo y recio, de mediana estatura, había asesinado, asimismo con un hacha, a su hijastra, una niña de unos doce años por la que se sentía atraído sexualmente. La había asediado en incontables ocasiones, de noche y de día, y al ser una vez más rechazado por ella, le quitó la vida sin contemplaciones. Se ensañó con la pobre niña de un modo tan monstruoso, sacando toda su rabia en cada uno de los golpes que le infirió con el filo de aquella arma, que la infeliz quedó convertida en una masa informe que rezumaba sangre. A partir de ese instante, el asesino cayó en un desvarío que los médicos calificaron de auténtica demencia.

El tercero, llamado Peter, de estatura normal, enloqueció al caer de un octavo piso. No perdió la vida, pues dio con el toldo de una tienda. El mismo se había arrojado de aquella ventana, ya que quiso acabar con su existencia luego de haberlo hecho con la de su propia madre, a la que, con un hacha, había cortado la cabeza de un solo tajo. Discrepancias económicas que exaltaron su ánimo. Aunque lo más horripilante del caso fue, tal vez, el hecho de que se arrojara por la ventana estrechando entre sus brazos la cabeza de su madre. Una madre cuyos ojos, abiertos, seguían mirándole, pese a todo, con la misma dulzura y el mismo amor de siempre.

Los tres fueron ingresados en el mismo centro psiquiátrico, viéndoseles siempre, a partir de entonces, compartiendo muchos momentos, cuchicheando, estando en contacto, como si, en realidad, se llevaran algo entre manos.

Tan unidos y compenetrados se les veía, que uno de los enfermeros comentó en cierta ocasión:

—Si esto fuera una cárcel, yo diría que están planeando una fuga.

En efecto, habían conseguido huir de allí. Burlaron la vigilancia del modo más audaz, y a la vez, todo hay que decirlo, de la forma más inteligente.

En aquel momento había varios clientes en la amplia y lujosa joyería. Una elegante señora estaba siendo atendida por él propio dueño. Otra señora y un señor, lo eran respectivamente por las dos bonitas y amables dependientas. Quedaba, esperando su turno, otra señora y un joven.

De súbito, tres individuos irrumpieron en el establecimiento. Iban vestidos de gris y encapuchados. Uno de ellos, que era bajo y recio, llevaba una metralleta.

—¡Es un atraco! —exclamó otro de ellos, éste era alto y fuerte—. ¡Todos contra esa pared!

Cundió el pánico. Lo que hizo que las órdenes fueran obedecidas sin rechistar. Así pues, instantes después, el propietario de la joyería, las dos dependientas y los clientes se habían colocado, dóciles y obedientes, si bien temblorosos como flanes, contra la aludida pared. La única que daba opción, dadas las características del establecimiento, a que todos ellos permanecieran alineados.

Pero no, no todos habían obedecido el mandato de aquel individuo encapuchado. El joven cliente que esperaba su turno, así que vio entrar a los intrusos, rápido de movimientos y de reflejos, se hizo hacia un lado y se escondió tras una cortina de terciopelo rojo que había allí cerca. De ello que, en conclusión, su presencia fuera ignorada.

—¡Al suelo! —exclamó esta vez el otro individuo, este de estatura normal—. ¡Todos al suelo! Échense ahora mismo o serán segados a balazos.

Todos obedecieron, mientras los encapuchados, el alto y fuerte, y el de estatura normal, se daban buena maña en maniatarles, en

amordazarles. Así no podrían moverse, ni gritar.

El de la metralleta, bajo y recio, se limitaba a apuntarles, mientras sus ojos, a través de los agujeros de su capucha, relucían de un modo que ponía fría la espina dorsal.

Acto seguido, esos dos individuos, a quienes seguía cubriéndoles el de la metralleta, se lanzaron a desvalijar la joyería. Vitrinas, estantes, aparadores, todo quedó vacío en pocos instantes. Todo fue a parar al interior de un maletín de cuero negro.

Después...

Parecía que iban a irse va, sin más. ¿Acaso no se llevaban todo lo que de valor habían encontrado? Sin lugar a dudas, una verdadera fortuna.

Pero la situación, desgraciadamente, no concluyó de esta forma. Los dos individuos, el alto y fuerte, y el de estatura normal, que a juzgar por todo daban la impresión de ser los subordinados, sacaron a relucir lo que llevaban escondido debajo de sus americanas.

¡Eran hachas...!

Y con ellas, con una ferocidad horrible, espantosa, se lanzaron contra los desgraciados que yacían en el suelo, maniatados, amordazados, a los que sólo les era dado agrandar los ojos presos de un terror sin límites.

Las hachas, de cortante y reluciente filo, se abatieron implacablemente sobre sus cuellos, sobre sus gargantas...

No pudieron oponer resistencia válida, así que el objetivo pronto quedó cumplido.

Poco después, siete cabezas se hallaban separadas de sus respectivos cuerpos. Y entre unos y otros, un mar de sangre, borbotones de sangre, que parecían anegarlo todo.

En una de las paredes de la joyería, había colocado un espejo. Y allí, el individuo de la metralleta, escribió con la sangre de aquellas infelices víctimas:

«No estamos locos».

F. R. P.

Los caracteres eran de imprenta.

Después él y los otros dos huyeron rápido de allí. Fuera les esperaba un coche. Desaparecieron sin dejar rastro.

La policía dedujo enseguida de quienes se trataba. En realidad no hacía falta ser un lince para llegar a tal deducción, pues ellos mismos, dejando escritas aquellas palabras y por si esto fuera poco impresas sus propias iniciales, se habían delatado del modo más ingenuo. ¿O tal vez lo habían hecho a sabiendas, encontrando un morboso placer en reivindicar aquellos asesinatos?

—¿Cómo eran físicamente...? —preguntó la policía al único testigo ocular de los hechos, el joven que había permanecido escondido tras la cortina de terciopelo rojo.

Un joven que pidió que su identidad no fuera revelada. Temía que pudiera sucederle algo malo.

—Iban encapuchados... No he podido ver sus rostros... Pero, bueno —se corrigió a sí mismo—, algo sí he podido ver... Al jefe, al que llevaba la metralleta, le brillaban los ojos de un modo demencial... ¡Qué ojos! ¡Me estremezco al recordarlos! Los reconocería si los volviera a ver... Sí, sí, los reconocería...

Ratificaba lo que ya parecía caer por su propio peso.

Se trataba de Frank, de Robert y de Peter, los tres enfermos mentales que se habían escapado de aquel centro psiquiátrico, antes llamado por todos el manicomio de San Patricio.

CAPÍTULO II

El autocar de línea giró aquella pronunciada curva de la carretera y fue entonces, al aparecer ya no muy lejos un viejo y medio derruido castillo recortado en lo alto de una colina, cuando Tony Carroll se levantó de su asiento.

Tony Carroll tendría unos treinta años. Mediría un metro ochenta. Flexible de movimientos y viril de gesto, daba la impresión de sentirse muy seguro de sí mismo. Vestía pantalón de pana y cazadora de piel oscura. En la mano llevaba una pequeña maleta.

Se acercó al chófer y le dijo:

—¿Podría parar un instante al alcanzar esa colina? Me interesa apear-me ahí. Si no es demasiada molestia...

—Por mí no hay el menor Inconveniente —respondió amablemente el chófer—. Pero le advierto que la localidad de Dobbissman, mi próxima parada obligada, está a menos de un kilómetro de aquí.

—Sí, ya lo sé —repuso el joven—; pero voy a ese castillo. Así que me ahorra usted la caminata.

—Un kilómetro no parece mucho para lo largas que tiene usted las piernas, joven. Pero claro, es mejor, si va al castillo, que le pare aquí —y alcanzando ya el lugar, frenó—. Ya está. Puede apearse.

—Gracias.

—No hay de qué.

El autocar siguió su itinerario y Tony Carroll se quedó unos instantes, a un lado de la carretera, mirando a su alrededor.

La localidad de Dobbissman, en efecto, estaba muy cerca. Por lo demás, y a excepción del castillo medio derruido de la colina, no había por allí nada digno de mención. Bueno, sí, una pequeña casa al pie mismo de la colina. Pero la casa tenía cerradas las ventanas, sin duda se hallaba deshabitada.

El terreno era árido, seco, desolado. No se veía ni un solo árbol.

Ni hierba siquiera parecía haber. Era un terreno hostil que daba la sensación de recibir mal a quien pudiera tener la idea de dejarse caer por allí.

Iba a encaminarse hacia el camino cimbreado y ascendente que conducía hasta la explanada en la que se hallaba situado el viejo castillo, cuando reparó en una muchacha. Andaba por la carretera, se acercaba. Sin duda venía de Dobbissman.

—Hola... —le saludó Tony Carroll, sin necesidad de más, así que la tuvo cerca—. Buenos días.

—Buenos días —respondió ella.

—Soy nuevo por estos andurriales —dijo él—. Acabo de apearme del autocar de línea.

—¿Sí? —La muchacha se limitó a esto.

—Eres de por aquí, ¿verdad? Podrías ayudarme, me siento un poco despistado. Busco el castillo de Williamstton. Supongo que debe ser ése, el que veo en lo alto de la colina.

—Sí, es ése —dijo la muchacha, que era rubia y bonita, muy bonita—. ¿Va usted allí?

—Sí —asintió Tony Carroll—. He leído en el periódico que buscan un mayordomo.

—Yo he leído —repuso ella—, que buscan una doncella.

—Vaya, vaya... —sonrió Tony Carroll—. Ésta sí que es una agradable coincidencia. Tengo mi día, no cabe la menor duda. —Y añadió—: Supongo que vives aquí cerca, en Dobbissman...

—Sí —dijo ella—. Por eso me interesa ese empleo. Pero usted, que es forastero, me extraña que busque aquí, en este lugar, un empleo que en cualquier otra parte podría encontrar.

—No soy un simple sirviente.

—Algo así me había parecido.

—¿En serio?

—Sí. Tiene aspecto de categoría.

—Gracias. La verdad es que soy escritor —le explicó—. Y busco un lugar como éste para inspirarme en mi nueva novela. Como por lo demás el dinero no me sobra, pienso que puedo matar dos pájaros de un tiro.

—Comprendo.

—Bueno, vayamos. No vaya a ser que alguien se nos adelante.

—Tiene razón.

Empezaron a ascender el cimbreado camino. En lo alto, la explanada y el castillo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Tony Carroll, desenvuelto.

Ella le respondió con otra pregunta.

—¿Por qué me tutea?

—Si vamos a ser compañeros de trabajo...

—Me está tuteando desde antes de saber que vamos a serlo.

—Bueno, es que yo siempre tuteo a las chicas guapas. Y tú de guapa tienes un rato largo. Supongo que deben decírtelo muy a menudo, a menos claro que los hombres de Dobbissman sean tontos de remate. A propósito, tutéame tú también, por favor. —Y añadió —: Me llamo Tony.

—¿Estará bien que le tutee, así, tan pronto? —demostró que era una muchacha que tenía bastante de tímida.

—Claro que estará bien —aseguró él—. Bueno, respóndeme a lo que te he preguntado antes. ¿Cómo te llamas? Sin duda debes tener un nombre muy bonito.

—Karen.

El castillo, que desde abajo ofrecía unos perfiles medio derruidos, de cerca no mejoraba su aspecto, todo lo contrario. Lo cierto es que a excepción del ala norte del mismo, el resto era sólo un montón de piedras que se habían ido desmoronando unas sobre otras a través de los años, del tiempo, de los siglos.

El ala norte sí estaba en buenas condiciones. Evidentemente había sido restaurada en diversas ocasiones.

Tony Carroll y Karen fueron recibidos por un joven alto, delgado y pecoso.

—Soy el señor Williamstton, Patrick Williamstton... Soy el dueño del castillo...

Lo que contenía el interior del mismo era, exactamente, lo que uno de antemano podía imaginarse. Mobiliario, alfombras, cortinajes, cuadros, armaduras, lámparas, todo encajaba perfectamente en aquel entorno.

—Venía por el puesto de mayordomo —dijo Tony Carroll.

—Yo por el de doncella —añadió Karen.

El joven dueño del castillo les hizo unas cuantas preguntas, no muchas, y sin necesidad de alargarse más les dijo que quedaban admitidos.

—Deseo vender esto —les hizo saber—. A partir de esta misma tarde empezarán a llegar los presuntos compradores. Necesito, pues, recibirles de una manera adecuada, digna. —Seguidamente dijo—: Hasta ahora he vivido solo, es decir, con una buena mujer de la localidad que viene diariamente a hacerme la comida y a arreglarlo todo un poco. Pero, lo dicho, de cara a los compradores necesito dar otro ambiente a esto; ¿comprenden...?

—Sí, claro —dijo Karen.

—Perfectamente —agregó Tony Carroll.

—El anuncio ya mencionaba el sueldo. Supongo, por tanto, que ya estamos de acuerdo en todo.

Así, sin más complicaciones, los dos jóvenes quedaron convertidos en compañeros de trabajo.

Aquella misma tarde, efectivamente, llegó el primer comprador. A quien Patrick Williamstton, el dueño del castillo, aquel joven alto, delgado y pecoso, recibió con manifiesta complacencia.

—Soy lord Nellmmens —se presentó el visitante.

Había llegado en un coche último modelo. Al volante, un chófer impecablemente uniformado.

Lord Nellmmens era un hombre bajo y recio, de estatura normal, de cabellos ligeramente encanecidos. Vestía con elegancia.

Aunque, a elegancia, la verdad era que no ganaba al joven Patrick Williamstton. Éste parecía llevar en cada uno de sus ademanes la refinada distinción de todos sus antepasados.

Lord Nellmmens visitó el castillo, mejor dicho, el ala derecha del mismo. No había más que visitar. Lo demás eran paredes medio derrumbadas y piedras amontonadas.

Pero lo que estaba habitable se hallaba, desde luego, en inmejorables condiciones. Por lo demás, aquello poseía, todo hay que decirlo, un indudable encanto.

Desde el primer momento, lord Nellmmens se mostró favorablemente impresionado por lo que veía.

—Sí; algo así es lo que busco —dijo a Patrick Williamstton. Y se creyó, por lo visto, obligado a explicarle—: Tengo mi casa de Londres. Pero recientemente he perdido a mi esposa en un accidente de coche y todo aquello, de momento al menos, se me antoja insoportable. Necesito cambiar de ambiente y algo así, aislado, silencioso, creo que es lo adecuado para mí.

El actual castillo constaba de un espacioso vestíbulo, un gran comedor, el salón biblioteca y la galería de cuadros. Por una ancha escalera se subía al piso, donde se hallaban los dormitorios. De allí, por otra escalera, esta estrecha, se llegaba a los aposentos de la servidumbre, y de allí al torreón, desde donde, indudablemente, la perspectiva era muy amplia.

—Me gusta, me gusta... —repitió lord Nellmmens, y acabó preguntando—: ¿Cuánto pide usted por esto?

Patrick Williamstton le hizo saber la cifra.

—Muy razonable. —Y reconoció—: Con franqueza, esperaba que me pidiera más.

—No puedo hacerlo —repuso Patrick Williamstton—, porque antes de firmar la escritura de compraventa, usted se enterará de lo que más de uno asegura que sucede aquí por las noches... Así que debo ponerme a tono con las circunstancias...

—¿Lo que sucede aquí por las noches? —inquirió lord Nellmmens con gesto de extrañeza.

—Dicen que se oyen gritos... Gritos de mujer... Aseguran que se trata de Victoria Williamstton, mi antepasada... Una joven pelirroja, bellísima, a la que su esposo, por infiel, condenó a morir en la hoguera. Desde entonces, por las noches, dicen que recorre el castillo como un fantasma.

—Yo no creo en esa clase de habladurías de leyendas. Y, supongo que usted, como dueño de esto, negará de una forma rotunda...

—Si deseo vender el castillo, lo natural es que lo negara aunque fuera cierto, ¿no cree? —Y sonrió, queriendo quitar importancia a lo hablado.

—Supongo que sí —admitió. Y añadió, acto seguido—: No se bable más, me interesa; le compro el castillo.

No se había tomado en serio, evidentemente, lo de aquella alma que vagaba por allí.

—Ya que le veo poco susceptible, lo que por descontado me satisface enormemente —dijo Patrick Williamstton—, le hago saber que en la galería de cuadros falta uno... El cuadro, precisamente, de Victoria Williamstton. Había considerado oportuno quitarlo de su sitio... Pero ya que usted no es ciertamente un hombre impresionable, o volveré a colgar... Ahora lo tengo en esa pequeña

casa que hay al pie de esta misma colina, a dónde yo iré a vivir así que venda esto.

—Ya está vendido —aseguró lord Nellmmens.

—¿Sabe? —Se sinceró Patrick Williamstton—. Con lo que usted me pague por este castillo, sólo podré saldar mis deudas. Son crecidas. Todo por culpa de una mujer. Una historia desagradable, pero que ya es agua pasada. Desde luego, yo soy un caballero y mis deudas son sagradas. En consecuencia, lo dicho, en cuanto abandone esto me iré a vivir a esa pequeña casa. No me quedará dinero para otra cosa.

—Espero recibir su visita siempre que le venga en gusto acercarse de nuevo por aquí. Será un placer recibirle.

—Gracias.

—Así que se haya efectuado la venta, ¿podré venir enseguida? —preguntó lord Nellmmens—. ¡Deseo y necesito tanto un cambio de ambiente!

—Podrá venir cuando guste.

—A propósito, ¿de qué servidumbre dispone usted? Por lo que he visto, de un mayordomo y de una doncella. Ambos me han satisfecho, así que me gustaría que siguieran a mi servicio. Pero necesitaría, además, una buena cocinera y también una mujer que viniera por horas para desempeñar los trabajos más pesados. Tengo por costumbre estar bien atendido, ¿comprende? —Y sin esperar respuesta—: A mis criados de Londres prefiero dejarles en su sitio, me temo que esto no les gustaría.

—Me encargaré de que a su llegada todo haya quedado solventado a su entera satisfacción.

—Muy agradecido.

—La doncella Karen, es una muchacha que vive en Dobbissman. Ella misma se encargará de buscar lo que usted desea.

—De acuerdo.

Hablaron poco más. Ciertamente estaban ya de acuerdo en todo.

Antes de que el comprador se fuera, Patrick Williamstton llamó al mayordomo y a la doncella.

—Lord Nellmmens —les presentó—, su nuevo señor.

—A su disposición —dijo Tony Carroll con una respetuosa inclinación de cabeza.

Karen, asimismo, saludó con toda deferencia.

Instantes después, lord Nellmmens salía del castillo. Junto a su coche estaba el chófer, impecablemente uniformado, el cual se apresuró, solícito y deferente, a abrirle la portezuela.

Ya el coche descendía por el camino que conducía a la carretera, cuando Tony Carroll y Karen oyeron murmurar quedamente a Patrick Williamstton:

—Que tenga suerte y que el alma de Victoria Williamstton sea piadosa con él... Que tenga suerte, y que sus gritos de dolor y de espanto no le desgaren los tímpanos...

CAPÍTULO III

Lord Nellmmens vivía en el castillo hacía ya varios días. No había sucedido nada anormal. Todo iba bien.

Lord Nellmmens había llegado acompañado de su secretario particular y también de su chófer. Los tres se quedaron a vivir allí.

El secretario de lord Nellmmens era alto y fuerte, tendría unos treinta y cinco años, y daba la impresión de ser un hombre competente y eficaz. En cuanto al chófer, de unos veintitrés años, de estatura normal, era el mismo que conocieron el primer día, un sirviente sumamente deferente y solícito con su señor.

En esas tres personas, depositó Tony Carroll toda su disimulada atención desde el primer momento. No se perdía palabra de lo que decían. No se perdía gesto que hicieran.

—Resultas un mayordomo un poco raro —le dijo Karen aquella mañana, así que la mujer que iba a trabajar por horas y la cocinera, ambas muy gruesas y coloradas, se habían alejado momentáneamente de donde ellos dos se hallaban—. Tan especial te encuentro, Tony, que no sé qué pensar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él.

—Ya sé que escribes novelas y que a los novelistas les gusta fijarse en todo, sin perder detalle de nada, y ahondar en las personalidades ajenas. Pero tú te pasas, con franqueza. Vigilas demasiado a lord Nellmmens, y a su secretario y a su chófer. Igual que si los tres, por un motivo especial, te inspiraran serias sospechas.

—No cabe duda, Karen; no sólo eres guapa, eres también observadora —respondió Tony Carroll—. Sí, en efecto —admitió, tras un gesto de circunstancias—, vigilo a lord Nellmmens...

—Y también a su secretario y a su chófer... Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene que hagas eso?

—No puedo decírtelo todavía, es demasiado pronto. Pero te lo

explicaré todo más adelante, así que pueda, te lo prometo.

—¿Quieres intrigarme? —preguntó ella.

—Lo que no quisiera —replicó él—, es que pensaras mal de mí. Te aseguro que en lo que hago no hay nada reprochable. Pero, por favor, no comentes con nadie lo que acabamos de hablar. Debe quedar entre tú y yo.

—De acuerdo. Tony.

Y le miró, pese a todo con una confianza absurda.

—Oye, Karen —rogó él—, háblame de ti.

—¿Para compensar, quizá, lo poco que tú me hablas de ti mismo?

—Que seas observadora me parece muy bien, pero me gusta menos que me salgas recelosa...

—De mí misma ya te lo he contado todo. Nací en Dobbissman y allí he crecido al cuidado de una tía. Mis padres murieron cuando yo era muy niña. Hasta ahora hemos vivido bien, desahogadamente, por lo que nada nos ha faltado. Pero ahora mi tía ha enfermado, no de gravedad pero necesita cuidados, medicinas, así que la pensión de ella nos queda corta, nos resulta insuficiente. Mientras encuentro un empleo que se ajuste más a los estudios que tengo, he pensado que aceptar esto no tendría nada de malo. Eso es todo —concluyó.

—No me has hablado de hombres —se interesó Tony Carroll—. ¿Tienes novio?

—No —respondió ella.

—Pareces muy seria. ¿Lo eres?

—Soy una muchacha de mi tiempo, a veces un poco tímida, eso sí. Pero normal y corriente en todos los sentidos.

—Hoy día —dijo Tony Carroll—, lo corriente es que las chicas no tengan excesivos miramientos y que se acuesten con el primero que les caiga bien.

—Eso será en las ciudades...

—Eso es en todas partes. Pero tú, a juzgar por tu expresión, pareces no ser así. Me congratulo de ello. De chicas frescas estoy ya saturado.

—¿Y tú, Tony? —preguntó ella ahora—. ¿Qué me cuentas de tu vida?

Y le miró con atención.

Evidentemente no las tenía todas consigo. Algo le cosquilleaba

por dentro.

—Soy escritor —empezó a decir—; aunque todavía no he triunfado. Apenas me han editado un par de novelas de poca monta.

—¿Escribes con tu propio nombre o con seudónimo?

Tony Carroll carraspeó un poco.

—Con seudónimo.

—No sé, no sé, Tony —dijo Karen—. Pero me parece que desde que nos hemos conocido no haces otra cosa que mentirme de lo lindo...

—¿Yo? —expresó con asombro.

—Bueno, dejémoslo estar.

Y le sonrió deliciosamente, queriendo demostrarle de manera inequívoca que le caía bien.

Demasiado bien. De tal manera y forma, que estaba deseando que se tomara cuanto antes la libertad de besarla.

Pareció que Tony Carroll le leyera el pensamiento.

Se acercó a ella y la estrechó entre sus fuertes brazos.

—Oye, si te doy un beso no me responderás con una bofetada, ¿verdad? Eso está ya muy pasado de moda.

Antes de saber lo que opinaba al respecto, acercó su boca a la de ella...

Su sorpresa fue de campeonato, cuando ella, sin necesidad de andarse más por las ramas, le echó los brazos alrededor del cuello y entreabrió sus labios, ansiosa por recibir la caricia.

—Vaya, vaya, con mi muchacha tímida... —comentó antes de besarla.

Después del inacabable y compartido beso, fue ella la que dijo:

—Tímida sólo a ratos.

Lord Nellmmens quedó sumamente impresionado la primera vez que vio en la galería de cuadros aquel que antes faltaba. Aquel cuadro que Patrick Williamstton había quitado de allí, el de Victoria Williamstton, su antepasada. Ahora ocupaba ya su lugar.

Al poner su mirada en aquel cuadro, quedó como si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo. Qué hermoso, qué fascinador era el rostro de aquella muchacha de apenas veinte años, pelirroja, que miraba de un modo extraño, inquietante. Tan extraño e inquietante como si algo le estuviera diciendo ya el final trágico y horrible que la aguardaba.

Tenía la silueta esbelta, gentil, y unas manos sencillamente adorables. Iba ataviada con un traje de tisú plateado, de escote ovalado, generoso, que dejaba entrever la lozanía turgente de sus senos. El talle era tan esbelto, que parecía como si corriera el riesgo de ir a truncarse. Lord Nellmmens no podía contenerse a sí mismo, y a menudo se encontraba allí, en la galería de cuadros, contemplando a la muchacha más bella, perfecta, y maravillosa que sus ojos habían visto.

A menudo sacudía la cabeza queriendo desaturdirse. Aquel proceder no parecía digno de él. Desde siempre, él había sido un hombre que no se había dejado impresionar por nada ni por nadie.

Sin embargo, acudía cada dos por tres a aquella galería de cuadros. ¿Acaso en su subconsciente empezaba a desear que fuera cierto lo que le dijera Patrick Williamstton, que por las noches su bella antepasada recorría el castillo como un fantasma...?

La cosa no llegaba a tanto. A pesar de todo, lord Nellmmens no podría nunca dejar de ser el que siempre había sido, y lo cierto era que se había trazado ya su camino.

Un camino que había recorrido ya en buena parte. Sólo le hacía falta acabar de recorrerlo. Pero para eso, claro, debía tener calma y demostrar serenidad. El resto sería ya sencillo.

Pero entre una cosa y la otra lord Nellmmens empezó a padecer de insomnio. En realidad lo padecía ya desde que su esposa murió en aquel desgraciado accidente de coche.

¿Desgraciado...? Bien mirado no era la palabra adecuada. Otra hubiera encajado mejor. Por lo menos ateniéndose a los hechos. A los verdaderos y auténticos hechos.

Los frenos se rompieron y fueron a dar, a más de cien por hora, contra un árbol de la carretera. Entonces el coche, impulsado por la violencia del choque, dio dos vueltas de campana.

Él sufrió una profunda herida en el costado, contusiones en todo el cuerpo y fractura de peroné. Dada la magnitud del choque, no obstante, fue un milagro que no le sucediera nada más.

Su esposa no salió tan bien librada. Cuando él volvió en sí de su momentáneo desvanecimiento, la encontró llena de heridas, de sangre, y al parecer medio moribunda.

Pero lo que nadie sabía, lo que todo el mundo ignoraba, era que él en aquel momento, se dijo para sí:

«Eres capaz de no morirte... Eres capaz de salir de ésta... Tengo que ayudarte a acabar de una vez... Sí, voy a hacerlo... No puedo perder esta inmejorable oportunidad...».

Le resultó sencillo coger uno de los hierros del parabrisas, que había quedado suelto y al alcance de su mano, y darle en la cabeza a su esposa hasta rematarla. Una y otra vez, sin piedad. En medio de tanta chatarra, el coche ya no era otra cosa, y en medio de tantas heridas y de tanta sangre, ¿cómo iba nadie a sospechar...?

En efecto, aquella mortal herida en la cabeza no dio que pensar a nadie. El choque había sido lo suficientemente violento y brutal para que todo quedara explicado sin llegar a recelar de nadie.

Así consiguió quitar de su vida a una mujer a la que no podía ver, a la que aborrecía. La aborreció siempre. Si se casó con ella, fue por su dinero, que luego, desgraciadamente, no resultó ser tanto como él se había imaginado.

Al sentirse libre, respiró a pleno pulmón, igual que si de pronto hubiera rejuvenecido veinte años. No, no había ninguna mujer. Pero la convivencia con la suya había llegado a serle intolerable. No la aguantaba, no la soportaba. Era fea, vieja y desagradable. Mejor así, que estuviera muerta. Asunto concluido. Ahora podría actuar, en uno u otro sentido, sin tener que estar pendiente de ella.

Desde entonces, sí, sufría de insomnio. Un mal que se había recrudecido desde que había visto el cuadro de Victoria Williamstton. No, no podía evitarlo. Se sentía atraído hacía tanta hermosura y a la vez experimentaba la sensación de que algo, no sabía qué, se abatía sobre él...

Aquella noche, totalmente desvelado, decidió salir del castillo y pasear un poco por los alrededores. Abandonó, pues, su dormitorio, bajó la escalera, cruzó el vestíbulo y salió.

Estuvo por desistir de su idea al ver lo intensa, lo compacta, lo densa que era la niebla. Incluso dio un paso atrás.

Pero entonces, en aquel preciso momento, le pareció que oía un grito de mujer. Un grito horrible, desgarrado, pavoroso, pero a la vez contenido...

Se estremeció. ¿Qué era aquello? ¿Qué podía ser aquello? Sin duda había oído mal. No podía ser otra cosa.

Pero el grito se repitió, aunque ahora, posiblemente, aún más contenido...

Ya no se detuvo a pensar y avanzó hacia el lugar del que salía aquella voz de mujer. Hacia el otro lado del castillo, donde éste era, tan solo, restos de paredes y piedras, unas sobre otras.

Conforme avanzaba oyó mejor aquella voz... Cada vez mejor. Hasta que llegó un momento en que ya no pudo caberle duda de ningún género. Una mujer gritaba, gritaba...

Y gritaba con tal desespero, de un modo tan pavoroso, aunque siempre como queriendo contener su dolor y su espanto, que los pelos se le hubieran erizado al más valiente.

Por lo demás, a lord Nellmmens le costaba avanzar entre la espesa niebla. No exactamente por la niebla en sí, sino porque tenía que ir dirigiendo sus pasos y poniendo sus pies sobre piedras, entre huecos entre vacíos. Tenía que ir con mucho cuidado. De otro modo podía caer en cualquier momento.

Se detuvo un instante, viendo ante sí que las derrumbadas piedras formaban frente a él un vacío de más de tres metros. Los restos del castillo continuaban, pero a otro nivel. Incluso vio a lo lejos un par de columnas, aún de pie.

Fue entonces cuando, de súbito, se quedó con la boca seca. Tan seca que, aunque hubiera querido hablar, no habría podido articular palabra.

De entre la niebla, allá a lo lejos, entre aquellas dos columnas, acababa de surgir la silueta de una mujer. De una bellísima muchacha de cabellos pelirrojos.

Dio un respingo. La había reconocido perfectamente. Era la muchacha del cuadro, Victoria Williamstton.

—Era yo quien gritaba... —la oyó decir, dirigiéndose a él—. Soy yo quien grito todas las noches de niebla... En una noche así me colocaron en una hoguera, prendieron fuego y me condenaron a morir... Y ahora, todas las noches de niebla, vuelvo a morir, de igual manera... Y sí, grito hasta que la muerte se apiada de mí...

—¿Qué estás diciendo? —consiguió articular, y se llevó las manos a la cabeza como si por un instante temiera estar volviéndose loco.

—Digo que cada noche de niebla estoy condenada a morir... A morir en la hoguera... Si hubieras llegado antes aquí, me hubieras visto... Ven otro día y me verás... Sí, cada noche de niebla muero. Me obligan a morir una y otra vez...

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar.

—Lo sabes. Soy Victoria Williamstton. Por serle infiel a mi marido, acabé mi vida en una hoguera... Pero lo peor no fue eso, sino el maleficio que cayó sobre mí...

—¿De qué maleficio me hablas? —preguntó lord Nellmmens, y se estaba fijando en la silueta esbelta y gentil de la muchacha pelirroja.

Y se fijaba también en su vestido de tisú plateado, de escote ovalado, generoso, que dejaba entrever la turgente lozanía de sus senos. Movía las manos. Eran unas manos sencillamente adorables. No, no podía dudarlo ni siquiera por un solo instante. Tenía ante sus ojos a Victoria Williamstton.

—¿Ves este medallón que llevo...? —Se lo enseñó. Pero entre una y otro había mucha distancia, demasiada para poder reparar en detalles—. Sólo podré quedarme en mi tumba, habiendo conseguido de una vez la ansiada paz, el día que consiga por este medallón, que es simplemente de plata, me den... —no concluyó.

—¿Qué te den qué? —preguntó lord Nellmmens.

—Tengo que desaparecer ya —dijo ella—. No, no puedo seguir aquí. Adiós...

Se alejó poco a poco, con pasos alados, misteriosos, perdiéndose entre la niebla.

Y lord Nellmmens se quedó allí, sobre las piedras derrumbadas del castillo, con la sensación de que todo aquello solo había sido una pesadilla.

Una vulgar pesadilla, que sin duda no volvería a repetirse nunca más.

Regresó al ala derecha del castillo. Entró. Luego, lentamente, fue subiendo la escalera y finalmente se metió en su dormitorio.

Tenía que olvidar lo sucedido.

Él no creía en esas cosas.

No había creído nunca.

CAPÍTULO IV

Tony Carroll había abandonado sigilosamente la habitación que le habían destinado y había subido poco a poco la estrecha escalera hasta llegar al torreón. Por lo que, una vez allí, pudo ver perfectamente como lord Nellmmens salía del castillo.

Le vio alejarse hacia el otro extremo del mismo, hacia donde éste se hallaba más derruido, pero la niebla apenas le permitió seguirle durante unos momentos. La niebla le tragó, le hizo desaparecer de un modo casi súbito.

No obstante, hasta Tony Carroll llegaron los gritos de una mujer. Gritos de horror, de espanto, de dolor, realmente pavorosos, pero gritos, asimismo, contenidos. Como si esa mujer no quisiera en verdad que sonido ninguno saliera de su garganta pero como si, a pesar de su férrea voluntad, no pudiera contenerse...

Ésta era, al menos, la sensación que él experimentó desde lo alto de aquel torreón. Adónde decidió ir al oír que alguien, en el piso de abajo, salía de su dormitorio, descendía la escalera y se dirigía al exterior.

¿Quién sería? Quiso saberlo. Necesitaba saberlo para hacerse una idea exacta, o al menos aproximada, de cómo iban las cosas. O de cómo empezaban a ir las cosas.

Tony Carroll se figuraba, sin embargo, que había procedido con toda la discreción necesaria y que nadie en absoluto se había dado cuenta de que se metía en asuntos que no le incumbían.

Pero respecto a esto, se equivocaba. Del modo más total y absoluto. Y se lo demostró Karen, al día siguiente, cuando le preguntó:

—¿Eres sonámbulo, Tony?

—¿Por qué me lo preguntas...? —respondió preguntando a su vez.

—Esta noche te has levantado. Te he oído.

—¿De veras? —Y considerando que negarlo no iba a conducirlo a nada, añadió—. Sí que tienes el oído fino...

—No dormía, estaba desvelada —dijo ella.

—¿Acaso porque pensabas en mí? —bromeando quiso que ella no se metiera más en aquello.

—Quizá —admitió Karen—. O tal vez no. No sé, no sé —bromeó a su vez—. Ahora no lo recuerdo.

—Si estabas desvelada, si no dormías, oirías salir a alguien...

—¿Salir? ¿De dónde?

—De aquí, del castillo.

—No, no oí salir a nadie —dijo ella—. Sólo oí como tú te levantabas y te dirigías a lo alto del torreón. Me dije que sin duda ibas a fisgonear algo... —Y añadió—: ¿Puedo saber de qué se trata?

—Ahora no es un momento oportuno para hablar —repuso Tony Carroll—. Cuando lo hagamos, debe ser amparándonos en la máxima discreción.

Y miró a su alrededor, como temiendo ya que alguien pudiera estar escuchándoles.

—¿Tan delicado es el asunto?

—Más no puede serlo. Así que, si no te importa, en otro momento...

—¿En serio me lo explicarás en otro momento? —insistió la muchacha.

—Sí.

—Bueno, pues quedamos así. —Y reconoció—: Con franqueza. Tony, cada día me tienes más intrigada.

Desde luego, Tony Carroll tenía razón. Aquélla no era una buena ocasión para hablar. La prueba de ello, que apenas unos instantes después se presentó la cocinera. Por lo visto sus quehaceres la requerían otra vez allí.

Por otra parte, casi de inmediato, se presentó asimismo el chófer.

—Karen —dijo éste a la muchacha—, el secretario del señor desea verte. Te espera cuanto antes en el salón biblioteca.

—Bien —contestó ella, pero hizo un gesto que demostraba harto elocuentemente que aquello no le había gustado nada.

—¿Pasa algo? —preguntó Tony Carroll, bajando la voz, con discreción.

—Sí.

—¿Qué? —quiso saber.

—Ese hombre no me gusta. Quiero decir —detalló—, que no me gusta cómo me mira.

—Si he de decirte la verdad —admitió Tony Carroll—, ya me he dado cuenta.

—Parece como si quisiera comerme.

—Es que estás para comerte...

—Anda, no bromees —se enfadó—. La cuestión no resulta nada divertida.

—Sería menos divertida, si fuera el propio señor, lord Nellmmens, quien te mirara así. Pero se trata sólo de su secretario, al que, bien mirado, puedes parar los pies con toda tranquilidad. Tu empleo no va a peligrar por eso. De todos modos —añadió Tony Carroll—, yo quedo pendiente de ti; no voy a quitarte ojo... Quiero decirte con esto que si algo te pasara, yo saldría enseguida en tu ayuda, yo te defendería. Así pues, no debes preocuparte demasiado.

—¿De veras me defenderías, Tony? —Se ilusionó.

—Claro.

—Me gustan los hombres así, valientes —reconoció—. Capaces, por una chica, de dar abiertamente la cara.

—Si te gustan así, estoy hecho a tu medida.

—Es un consuelo. Bueno, me espera ese hombre.

—Que te vaya bien.

La muchacha se dirigió hacia el salón biblioteca, sabiendo de antemano que, dada la hora que era, lord Nellmmens se hallaría todavía en sus habitaciones particulares.

Llamó con los nudillos.

—Puedes pasar —se oyó la voz del secretario.

Hizo girar el pomo de la puerta y se adentró en la espaciosa estancia. Lo hizo con pasos breves, cortos. En ese momento era la muchacha tímida.

—Dígame...

—Espero —dijo el secretario, cuya silueta alta y fuerte se recortaba contra el fuego recién encendido de la chimenea—, que no te haya sabido mal venir... Es que, con franqueza, deseaba cruzar contigo un par de palabras.

—Usted dirá —se limitó a esta respuesta.

Cualquier otra podía dar opción a malos entendidos. No quería que esto sucediera.

—Se trata, Karen, de que te encuentre muy bonita... —Se lo hizo saber sin que la voz le vacilara lo más mínimo, demostrando, evidentemente, que sabía lo que quería y el modo de conseguirlo.

—Gracias.

—Demasiado bonita —añadió—. Debo reconocer que me has robado la tranquilidad. Hasta tal punto —detalló—, que comprendo que no recobraré la calma mientras no accedas a mis deseos... Deseos de hombre enamorado...

—Lo lamento, señor —ella acababa de interrumpirle—, pero tengo novio...

—Por mí puedes seguir teniéndolo —dijo el secretario, desde luego con absoluto cinismo—. Que lo tengas no es óbice para que me complazcas a mí... Por lo demás —añadió—, yo estoy dispuesto, como es lógico, a pagar bien tus favores... A pagártelos tan bien, siempre que seas generosa al prodigármelos, siempre que no me los regatees mientras permanezcamos aquí en este castillo...

—No me interesa su oferta —de nuevo le había interrumpido—. Y ahora, con su permiso, voy a retirarme...

Adelantó unos pasos hacia ella, agarrándola por un brazo. Agarrándola tan fuerte que un poco más y la hace gritar de dolor.

—¡A mí no vas a rechazarme así como así...! Ve haciéndote a esa idea. De este modo te resultará más sencillo llegar al desenlace que yo apetezco... Y que a ti te conviene, Karen. —Suavizó la presión de sus dedos en el brazo femenino—. Porque yo puedo hacerte rica...

—¿Ha dicho rica?

Se le agrandaron los ojos a la muchacha como si por un instante lo que había oído la hubiera tentado.

—Sí, rica.

—Pero ¿cómo va a hacerme rica usted, que bien mirado sólo es un secretario...? Me quiere deslumbrar con falsas promesas. Pero no, yo no soy tan tonta como para tragarme tan fácilmente un anzuelo tan grande... Además, ya se lo he dicho, y ahora se lo repito, tengo novio...

—Algún paleta de la localidad —menospreció el secretario.

—Un hombre de un metro ochenta, muy atractivo, a quien usted

conoce —aclaró la muchacha.

—¿Qué yo le conozco? —se extrañó.

—Sí.

—¿Quién es? —preguntó.

La respuesta salió con naturalidad, como si nada.

—El mayordomo.

Instantes después, aprovechándose del momentáneo desconcierto del secretario, la muchacha salió de allí.

Pronto se encontró con Tony Carroll, que se hallaba cerca, indudablemente vigilando lo que podía pasaren el salón biblioteca.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó él.

—Regular —contestó ella.

—Bueno, detalla.

—Quiere que hagamos el amor; pero yo le he dicho que de eso ni hablar, que tengo novio.

—¿Qué te ha respondido?

—Más o menos, que piensa seguir en sus trece y que, por lo demás, me interesa aceptarle. Si lo hago, ha prometido hacerme rica...

—¿Hacerte rica un hombre cuyo sueldo, por muy elevado que sea, no debe exceder de...?

—Algo semejante le he respondido yo. En fin, para protegerme un poco, para quedar un poco más tranquila, para auto-defenderme, le he dicho que mi novio eres tú.

—¿Quéee...?

—Eso, que eres tú —repitió—. Como se te ve tan atlético, he pensado que eso le volvería más razonable. Buena idea, ¿no te parece?

—La buena idea hubiera sido —repuso Tony Carroll—, que le preguntaras cómo iba a hacerte rica... Si tanto te promete, con algo debe contar...

—A mí no me interesa para nada saber eso —concluyó Karen—. Ese hombre no me gusta.

CAPÍTULO V

Un coche se detuvo en la explanada que había ante el castillo. En el coche iban dos mujeres. Ambas se apearon.

Poco después, el joven y apuesto mayordomo comunicaba a lord Nellmmens:

—Tiene visita, señor.

Y le hizo saber quiénes acababan de llegar.

Se trataba de Celeste y de Denise, hermanas de la recientemente fallecida esposa de lord Nellmmens. Las dos, feas, viejas y desagradables. Como una copia exacta de aquella que había dejado de existir por culpa de aquel accidente de coche. Ésta, al menos, era la versión válida.

A pesar de ser un maestro en el arte de fingir, lord Nellmmens no pudo menos de acusar todo el desagrado que tal visita le produjo.

—¡Demonios! —Se le escapó la exclamación, sin poder contenerse. Pero pronto se hizo cargo de que no podía hacer otra cosa que recibirlas, así que añadió—: Hágalas pasar.

Cuando las dos hermanas se adentraron en la estancia, fue hacia ellas con las manos extendidas y un gesto sumamente cordial en el rostro.

—¡Mis queridas Celeste y Denise!

Ellas no se molestaron en dar vueltas innecesarias al asunto, por lo que le hicieron saber, así por las buenas, que les parecía muy mal que se hubiera refugiado en aquel lugar.

—Tan alejado de todos sólo conseguirás hundirte más en tu pena, en tu dolor —le dijo Celeste.

—Así que hemos decidido —añadió Denise—, venir unos días a hacerte compañía. Con nosotras a tu lado te sentirás mejor.

—¡Oh, no! —protestó lord Nellmmens—. Esto sí que no puedo consentirlo. —Se esforzó, empero, porque su protesta resultaba de

buen tono—. No tenéis por qué sacrificaros por mí...

—No será ningún sacrificio —repuso Celeste—. Puedes estar seguro de que lo haremos de todo corazón.

Denise, seguidamente, añadió otro tanto. O por lo menos algo muy parecido.

Pero una y otra habían hablado con aquel tono poco agradable, más bien autoritario, en realidad casi insolente, que era lo habitual en la hermana muerta. Lord Nellmmens sintió, por un instante, como si su esposa aún viviera.

—De veras que no puedo aceptar...

—No insistas —dijo Celeste—. Nos quedaremos unos días a tu lado.

—Sí, nos quedaremos unos días —ratificó, rotunda, Denise.

Tony Carroll había oído parte del diálogo. No le hizo falta más para comprender, y clarísimamente por cierto, que aquella visita había desagradado enormemente a lord Nellmmens. Más no pudo desagradarle.

No obstante, había de tardar poco en oírle decir:

—Pues nada, me rindo a vuestra solicitud, mis queridas Celeste y Denise, quedaros...

—Y dirigiéndose hacia Karen, a la que había hecho llamar: —Encárguese de que preparen dos habitaciones, las mejores...

—Ahora mismo, señor —acató la bonita doncella.

—Hágase cargo del equipaje de las señoras —le indicó al mayordomo.

—Sí, señor —respondió Tony Carroll.

Pero si lord Nellmmens reaccionó mal ante la inesperada visita, otro tanto, o peor, puede decirse de su secretario y de su chófer.

Los tres, pues, reaccionaron de igual forma. Aunque cada uno de ellos, claro está, disimulándolo a su manera.

Tony Carroll, empero, a quien más pudo contemplar a placer y analizar a fondo, fue al chófer, que por formar parte de la servidumbre comía, cenaba y desayunaba en la cocina con ellos.

—Parecen unas señoras poco simpáticas —comentó Tony Carroll, para ver qué le sonsacaba—. Aunque usted debe conocerlas bien...

—Sí, claro —repuso el chófer—. Yo las conozco bien. No, no son simpáticas.

Pero aquí se detuvo, y ya no dijo nada más.

—Su hermana, la difunta esposa de lord Nellmmens, debía ser más agradable, ¿verdad? —volvió a preguntar Tony Carroll.

—No —contestó el chófer, pues todos le miraban y no podía dejar de contestar—. No mucho más...

Pero lo cierto es que lord Nellmmens, pese a todo, sólo tenía un pensamiento en la cabeza. Uno, al menos, clavado, incrustado, sin poder sacárselo de allí.

La aparición de la muchacha pelirroja... La aparición de la muchacha ataviada con un vestido de tisú plateado... La aparición de Victoria Williamstton...

—No fue una pesadilla... Fue una realidad... Debo aceptarlo y hacerme cargo de la situación. Pero ¿cabe, acaso, hacerse cargo de una situación tan ridícula, tan absurda, y a la vez tan terrible, tan escalofriante...?

Sus cuñadas le veían con el pensamiento lejos, perdido, aunque debían achacarlo, era de suponer, a la pérdida de la esposa muerta. Ellas siempre creyeron que lord Nellmmens había amado profundamente a su esposa.

Pero su secretario y el chófer le conocían mejor. Sabían de sobra, pues, que algo anormal estaba sucediendo. Algo con lo que, posiblemente, no habían contado.

CAPÍTULO VI

De nuevo había dejado su habitación, había subido la estrecha escalera y había llegado hasta lo alto del torreón.

Desde allí la visión era muy amplia. Desde donde, mejor dicho, hubiera sido muy amplia a no ser por la niebla. Porque de nuevo era una noche de niebla, espesa, compacta, que parecía ahogar entre sí las propias tinieblas de la noche.

Tony Carroll miró desde lo alto y se percató inmediatamente de que, igual que le había sucedido la otra vez, tampoco ahora podría ver durante más de unos instante a la persona que saliera del castillo. La niebla, indudablemente, se encargaría enseguida de hacerla desaparecer ante sus ojos.

Pero aunque ahora estaba allí, en lo alto del torreón, lo cierto es que antes de subir la estrecha escalera. Tony Carroll la había descendido.

Así se había dado cuenta de que lord Nellmmens iba a salir. Así tuvo ocasión de ver cómo abandonaba Su dormitorio y se disponía a bajar a la primera planta. Pero antes de hacerlo, le vio pasar ante la habitación destinada a su cuñada Denise.

Le vio, asimismo, detenerse y escuchar. Evidentemente, su otra cuñada, Celeste, estaba allí, y las dos hermanas hablaban.

Como sea que quiso saber lo que decían lord Nellmmens se había quedado allí, junto a aquella puerta, agudizando el oído. Y no cabe duda, debió oír de lo que hablaban, porque la verdad es que se puso pálido, lívido... Tanto, que bastó la escasa claridad que la luna proyectaba sobre una ventana, para que Tony Carroll se diera perfecta cuenta de ello.

Por lo demás, considerando que el tema de aquella conversación debía ser de vital importancia, así que lord Nellmmens siguió adelante, fue Tony Carroll quien, sin más, tomó posición tras aquella puerta. También él quedó allí agudizando el oído.

Oyó lo que en aquel momento decía Celeste.

—Cada vez estoy más convencida de que fue él quien le dio en la cabeza a nuestra pobre hermana... Sí, fue él quien la remató... Aprovechando el accidente de coche, la circunstancia favorable...

—Pero necesitamos estar seguras —añadió Denise.

—Desde luego —habló de nuevo Celeste—. No cejaremos, ni tú ni yo, mientras no hayamos averiguado toda la verdad.

—Por descontado que no.

—Entonces iremos a la policía.

—Sí.

Tony Carroll comprendió que ya había oído cuanto le hacía falta oír. Por lo que, decidido a no perderse la salida del castillo de lord Nellmmens, se apresuró a subir de nuevo la escalera.

Y sí, ahora ya estaba allí, en el torreón.

Lástima de la niebla, tan compacta, tan cerrada. En realidad, ni las luces de Dobbissman se veían apenas. Sólo vio, eso sí, el resplandor de una luz en la pequeña casa de la colina. Donde ahora vivía Patrick Williamstton, el hasta hacía poco dueño del castillo.

—¿Otra vez aquí...? —Oyó la voz femenina tras él.

Se giró.

—¿También hoy estabas despierta, desvelada?

—Sí —dijo Karen.

—Me estás resultando una chica muy particular...

—¿En serio?

—Eso me parece.

—Oye, ¿qué buscas de nuevo por estas alturas?

—De curiosa tienes una buena dosis, ¿eh?

—Desde pequeña —repuso Karen—. Es uno de mis peores defectos. Espero que no te moleste demasiado...

—No, no: pero estarías mejor en tu habitación.

—Estando aquí quizá pueda ayudarte, si es que me necesitas. Por eso me he decidido a venir.

—¿Para qué voy a necesitarte? —preguntó él. Y aclaró—: Simplemente estoy viendo quién sale...

—Es lord Nellmmens —dijo la muchacha.

Efectivamente, era lord Nellmmens quién había salido del castillo y quién se alejaba entre la niebla. Una niebla que enseguida, casi en el acto, le hizo desaparecer ante sus ojos.

—Ya no se le ve —repuso Tony Carroll.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Karen, instantes después—. Por más que permanezcamos aquí, no creo que veamos otra cosa que esta niebla que se está espesando por segundos...

—Prefiero esperar un poco más —dijo él—. Tal vez consiga oír algo...

—¿Qué quieres oír?

—Unos gritos.

—¿Gritos...? —Arqueó las cejas—. ¿De quién?

—De una mujer.

—¿Qué mujer...?

—No tengo el gusto de conocerla. Pero la otra noche gritó y gritó; yo la oí.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues esperemos, a ver si la oímos hoy también. Mientras tanto. Tony, podrías...

—¿Qué, Karen?

—Explicarme lo que te llevas entre manos. Me prometiste hacerlo. Yo creo que éste es un buen momento.

—Quizá sí —admitió Tony Carroll.

—Pues nada, explícame todo...

—No soy lo que parezco —empezó a decir.

—¿Y qué es lo que pareces? —preguntó—. A mí me tienes un poco desconcertada, ¿sabes? Primero mayordomo, luego novelista...

—Soy policía —dijo Tony Carroll.

—¿Policía? —La noticia la llenó de asombro, pero a la vez, también, de satisfacción. Y exclamó—: ¡Oh, qué emocionante! Sigue, sigue...

—Estoy aquí porque debo descubrir si lord Nellmmens es la persona inofensiva que parece o sí, por el contrario son ciertas las sospechas que hay respecto a él. Su esposa murió en un accidente de coche de eso tío hace mucho, pero la autopsia no pudo definirse de un modo exacto... ¿Comprendes?

—No.

—La policía cree que lord Nellmmens remató a su esposa.

—¡No!

—Sí, lo cree. Y ahora sé —y se refería a la conversación que

había oído entre Celeste y Denise, hermanas de la víctima—, que otras personas también sospechan de él. Pero faltan pruebas. Para eso me han encomendado a mí, para ver si las encuentro. De ser ciertas tales sospechas, sería acusado de asesinato.

—Es lo que menos podía imaginarme.

—Me he sincerado contigo, Karen —repuso Tony Carroll, y estrechó las manos de ella cálidamente—. Pero aquí nadie, bajo ningún concepto, debe saber que yo soy policía. Confío en tu absoluta discreción.

—Sí, Tony, puedes confiar plenamente en mí. —Y sonriendo—: Será nuestro secreto.

Lord Nellmmens se dirigía hacia el otro lado del castillo, donde éste se hallaba convertido en meros restos de paredes y piedras.

Avanzaba entre la niebla, compacta, espesa, que a ratos parecía una cortina. Avanzaba poco a poco, pues dirigía sus pasos y ponía sus pies sobre simples piedras, entre huecos, entre vacíos. Tenía que ir con las debidas precauciones. Podía caerse. Y caerse implicaría, como mínimo, romperse un hueso.

Recordaba que la otra noche que estuvo allí, Victoria Williamstton le había dicho: «Cada noche de niebla estoy condenada a morir... A morir en la hoguera... Si hubieras llegado antes hasta aquí, me habrías visto... Ven otro día y me verás... Sí, cada noche muero. Me obligan a morir una y otra vez...».

Por eso, lord Nellmmens había salido antes de su castillo. Si era cierto todo aquello que Victoria Williamstton le había dicho, quería contemplarlo con sus propios ojos.

Se detuvo. Igual que hizo aquella otra noche. Ante sí las derrumbadas piedras formaban frente a él aquel vacío, aquel desnivel, que ya conocía, de más de tres metros.

Fue entonces, precisamente entonces, cuando a lo lejos, aproximadamente donde debían hallarse aquellas dos columnas aún en pie, vio surgir un resplandor. Un vivo resplandor, que, no obstante, no proyectaba claridad. Era un resplandor insólito, inconcebible, anormal.

De pronto, se dio cuenta a qué se debía ese extraño fulgor, aquellos insólitos destellos. ¡Allí, entre la densa niebla, ardía una hoguera! Y arriba, sobre las últimas ramas que formaban la enorme pira, se hallaba Victoria Williamstton cuyo vestido empezaba a ser

pasto de las llamas...

Instantes después oyó sus gritos. Como la otra noche. Los mismos gritos horribles, desgarrados, pavorosos. Gritaba con tal desespero, aunque siempre como si quisiera contener todo su dolor y su espanto, que por el mero hecho de oírla el alma se llenaba ya de inconcebible angustia.

Las llamas de la hoguera avanzaron, y siguieron avanzando, hasta que la infeliz Victoria Williamstton no fue ya nada más que una pura ascua. Entonces su cuerpo se desvaneció, se dobló, cesando sus gritos.

Lord Nellmmens se había quedado de una pieza. Igual que si se hubiera convertido en un ser inanimado. No, no atinaba en absoluto a reaccionar.

Para cuando logró salir de aquel aturdimiento, la hoguera se había apagado y Victoria Williamstton ya no estaba ante sus ojos. Todo, de nuevo, parecía formar parte de una pesadilla.

Pero no se trataba de eso, y lord Nellmmens lo sabía. Como la otra noche lo supo también. Aquello era una realidad, aunque inusitada e inconcebible.

Decidió descender aquellos tres metros que tenía ante sí. Por uno de los lados, tomando las debidas precauciones, podía hacerlo. Lo haría si se empeñaba.

Quería ir más allá. Hasta donde había surgido el resplandor de la hoguera. Necesitaba encontrarse en aquel lugar. Exactamente allí.

Pero cuando llegó, nada encontró... Todo estaba como si lo que acababa de ver fuera un mero producto de su imaginación calenturienta. Sólo había niebla, que ahora, empero, parecía empezar a esclarecerse algo. Por lo menos, por el suelo rastreaba hecha jirones.

—Has venido a presenciar mi muerte... —Oyó la voz de ella—. Te he visto desde lo alto de la hoguera... Hubiera querido no gritar, cada noche quiero dejar de hacerlo... No puedo, no puedo... Es demasiado el dolor que siento cuando las llamas devoran mi cuerpo...

Se volvió. Y entonces vio allí, a su lado, a Victoria Williamstton. Pero ahora joven y bella, con su vestido de tisú plateado. Incluso le pareció, por un segundo, que esbozaba una sonrisa. Pero no, aquellos labios fascinadores no podían sonreír. La tragedia de su

corta vida y de su muerte repetida una y otra vez, mantenía inerte, fría, como muerta, el alma en aquel cuerpo.

—Sí, soy yo —dijo lord Nellmmens—. He querido volver a verte...

—Y ahora que me has visto, ¿serás capaz de salvarme? —La pregunta, ansiosa, jadeante, le fue formulada de un modo estremecedor.

—¿Salvarte? ¿Cómo puedo salvarte...? —preguntó, no comprendiendo.

—Te lo dije la otra noche. Bueno, la verdad es que no es que no llegué a explicártelo. Me refiero al maleficio que pesa sobre mí.

—Recuerdo parte de tus palabras. Sólo podrás quedar en tu tumba, habiendo conseguido de una vez la ansiada paz, el día que consigas que por este medallón que llevas, que es simplemente de plata, te den... —Pero no concluyó la frase, porque aquella noche Victoria Williamstton tampoco la terminó.

Había clavado su mirada en aquel medallón. Era de forma ovalada y llevaba grabada una esfinge. Pendía de una gruesa cadena. Sin ser, evidentemente, una joya de mucho valor, tenía su indudable atractivo.

—Esta noche dispongo de más tiempo —repuso ella—. Voy a referírtelo todo.

—Sí, hazlo —solicitó con anhelo.

—Necesito encontrar quien me dé por este medallón otra joya que valga mil veces más... ¡Cómo mínimo mil veces más! —Y añadió—: Mientras no consiga dar con esa persona, cada noche de niebla mi destino será morir... Fue éste, y no otro, el maleficio que me lanzó mi marido invocando el poder diabólico de los brujas...

—¿De las brujas?

Y lord Nellmmens se iba hundiendo en el desconcierto.

—Sí —dijo Victoria Williamstton—. Antes, hace quinientos años, las brujas eran las dueñas y señoras de estos lugares. Eran unos seres llenos de maléfico poder...

Lord Nellmmens se sentía tan trastornado, que le hubiera costado explicar su verdadero estado de ánimo. Era como si un extraño desvarío le estuviera haciendo perder la razón. Era como si un insólito enajenamiento le estuviera privando de su normal raciocinio.

—Si no lo he entendido mal —repuso—, necesitas dar con la persona que te dé por ese medallón otra joya que valga como mínimo mil veces más...

—Sí, eso —corroboró Victoria Williamstton—. Y como no la he encontrado, aquí me tienes, muriendo cada noche de niebla desde hace quinientos años...

—¿Es cierto todo lo que me dices? —Pero con sus propios ojos había visto la hoguera y había visto cómo Victoria Williamstton moría quemada—. Sí, lo es... Sin embargo —vaciló—, tú pareces ahora un ser completamente normal.

—Quisiera serlo. Desgraciadamente...

—Pero ¿cómo es posible —preguntó lord Nellmmens—, que durante tantos años no hayas conseguido eso? Mil veces el precio de ese medallón es menos, mucho menos de lo que tú vales... Porque tú eres muy hermosa... La mujer más hermosa que yo nunca había visto...

—Comprendo lo que quieres decir —repuso Victoria Williamstton—. Te extraña que no haya enamorado a alguien... Se trata de eso, ¿verdad?

—Sí —asintió.

—No, no lo he conseguido.

—Incomprensible.

—En realidad —dijo ella—, me hubiera bastado vender mi cuerpo... Conceder un placer sexual a cambio de lo que necesitaba... Así de sencillo, así de vulgar... Pero no, no he conseguido encontrar a ese hombre.

—Incomprensible —repitió lord Nellmmens.

Y tras unos segundos de pausa, desde luego sin haber salido aún, ni por asomo, de su desconcierto, de su perplejidad y de su anonadamiento, se acercó a la bellísima muchacha y la estrechó apasionadamente entre sus brazos.

Demostró que le tentaban irremisiblemente sus encantos y que por lograrla, fuera un cuerpo sin alma, fuera un fantasma, o fuera lo que quisiera, él estaba dispuesto a ser esa persona que buscaba y que durante tantos años no había hallado.

—¿Te gusto? —preguntó ella.

—¡Oh, sí! Me gustaste desde que te vi en el cuadro. Yo te daré, a cambio de hacer el amor conmigo, cuánto necesites...

—Quisiera creerlo —repuso Victoria Williamstton—. Pero por desgracia, sé por experiencia...

—¿Hay algún inconveniente? —preguntó, y ansioso por satisfacer sus deseos, acarició aquellos hombros femeninos, tan suaves y tan cálidos, de forma tan deliciosamente perfecta.

Por toda respuesta, ella se desabrochó el vestido. Pero lo hizo muy poco a poco, no con la intención de tentarle y excitarle con su lentitud, sino, simplemente, demostrando en su expresión que le asustaba lo que iba a suceder a continuación.

Desabrochado el vestido de tisú plateado, Victoria Williamstton dejó que se deslizara a lo largo de su cuerpo, caer a sus pies. Y entonces apareció su cuerpo desnudo, sin ninguna otra prenda.

Pero aquel cuerpo desnudo, en lugar de representar una enloquecedora tentación, resultaba horrible, espantoso, daba náuseas el solo hecho de mirarlo. Todo eran cicatrices, llagas, supuración... Era como si aquel cuerpo no fuera más que un espeluznante tumor...

—Las llamas me dejaron así... Las llamas, cada noche de niebla, aumentan este horror... —dijo Victoria Williamstton. Y añadió—: Además, mis órganos sexuales están quemados... No, no puedo satisfacer debidamente a ningún hombre...

Lord Nellmmens se llevó las manos a la boca, en inequívoco gesto de horror. Parecía como si ahora fuera él quien tuviera tentaciones de gritar. Dio instintivamente un par de pasos hacia atrás.

—Ahora ya no te gusto... Ahora te causo horror... Como les ha sucedido siempre a todos...

La voz de Victoria Williamstton se hizo casi imperceptible.

—Debo irme —dijo lord Nellmmens, de súbito—. No puedo seguir aquí.

Y de un modo precipitado se alejó.

Pero le detuvo la voz de la muchacha pelirroja.

—¡Detente!

Fue tan imperiosa la orden, que de inmediato obedeció. No encontró valor, en modo alguno, para desoír su mandato.

Se volvió hacia ella.

Victoria Williamstton había vuelto a colocarse el vestido de tisú plateado. Ahora, pues, sólo quedaban a la vista sus hombros y el

escote. Volvía a parecer una mujer maravillosamente hermosa.

Pero lord Nellmmens ahora ya sabía lo que encubría aquel vestido. Ahora ya no podía sentirse fascinado ante aquella aparente hermosura.

—Tienes que darme una joya que valga mil veces más que este medallón que llevo —dijo Victoria Williamstton—. Tienes que hacerlo... De lo contrario mi tormento seguirá, seguirá... ¡No puedes condenarme deliberadamente a tanto sufrimiento!

—Mil veces el precio de ese medallón, es demasiado —contestó lord Nellmmens.

—Antas no te lo parecía... Por favor... —Su voz se hizo súplica—. Ten piedad de mí. Tú eres noble y muy rico, no puede significar para ti un esfuerzo excesivo.

—¡Te he dicho que pides demasiado! —exclamó—. Adiós, me voy...

—Un momento.

Y estas dos nuevas palabras en boca de Victoria Williamstton volvieron a ser un rotundo mandato. Una inexorable orden.

Lord Nellmmens había vuelto a detenerse.

—¿Qué quieres? —le preguntó en esta ocasión.

—Decirte —repuso la pelirroja muchacha—, que si no me ayudas, me vengaré de ti... Como lo he hecho siempre de aquellos que, pudiendo salvarme, no lo han hecho. Pero no; en tu caso particular actuaré de distinta forma, no te mataré. Porque si lo hiciera, ¿cómo ibas entonces a darme lo que deseo...? La verdad es que aún confío en que me lo des.

Lord Nellmmens no atinó a responderle cosa alguna, posiblemente porque ahora, de pronto, se sintió algo asustado, y quizá más que algo, ante la expresión malévola y endiablada y a la vez irascible y frenética de la muchacha.

Ésta dijo:

—Mataré a quienes tú más quieras... —E inquirió seguidamente—: ¿Tienes esposa?

—No.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Entonces —Victoria Williamstton torció el gesto—, ¿no tienes a nadie? ¿No quieres a nadie...?

Una idea cruzó rápida, fugaz, por la mente de lord Nellmmens. Fue como una súbita inspiración.

—Sí —repuso—, tengo a dos personas a las que quiero de veras...

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mis cuñadas Celeste y Denise.

Hacía poco, muy poco, se había enterado de que sus cuñadas sospechaban la verdad, esto es, de que él había rematado a su esposa. En consecuencia, la vida de ambas significaba un grave riesgo para su seguridad.

Un riesgo que desaparecería sí...

—No irás a matarlas a ellas, ¿verdad? —inquirió, fingiéndose angustiado.

—Sí —afirmó Victoria Williamstton—. A menos que me des lo que te pido.

—No puedo darte tanto a cambio de tan poco. Pero no, tú no matarás a mis queridas Celeste y Denise, estoy seguro de que no... Además, si lo hicieras —quería que aquella carambola le saliera perfecta—, intervendría la policía, posiblemente sospecharían de mí y me detendrían... Detenido, mal iba a poder darte lo que quieres...

—Las mataré lejos de este castillo. Sin comprometerte a ti.

Era esto, exactamente, lo que lord Nellmmens quería que dijera la muchacha. Ya estaba dicho. Pensó que, a pesar de todo, estaba de suerte.

—Si cuando mate a una, a las que sea, te arrepientes de tu intransigencia, ven a buscarme. Ya sabes dónde estoy todas las noches de niebla... Cediendo a mis exigencias, salvadas a la otra...

—No, no puedo creer que seas capaz de obrar de un modo tan cruel —dijo lord Nellmmens—. Así que no me asustas. De veras que no me asustas.

Y ya sin más se alejó de allí poco menos que corriendo. Por lo menos todo lo corriendo que le permitían aquellas piedras. Deseaba fervorosamente, por descontado, que Victoria Williamstton cumpliera su amenaza y acabara con la vida de sus dos cuñadas.

CAPÍTULO VII

Subiendo al torreón no había conseguido averiguar nada. La niebla le había impedido ver lo que pasaba. Oyó de nuevo los gritos pavorosos y contenidos de la mujer, pero eso fue todo. Insuficiente.

Por eso, Tony Carroll decidió salir tras lord Nellmmens la próxima vez que éste abandonara el castillo. Le seguiría muy de cerca. Lo suficiente para que no se le escapara nada de lo que pudiera hacer. La niebla, aunque evidentemente dificultaría la visión, por otra parte le favorecería, le ayudaría a no ser descubierto. Una cosa iría por la otra. En fin, ya se las arreglaría para que todo le fuera bien.

Por su parte, la cuñada de lord Nellmmens, Celeste, había salido en su coche. Se había dirigido a Dobbissman para hacer unas compras.

—¿Vienes? —le había preguntado a su hermana.

—No —le contestó Denise—. Me duele la cabeza. Pero no tiene importancia, vete tranquila. ¿Tardarás?

—No, no, enseguida estaré de vuelta.

—De acuerdo.

Lord Nellmmens se había ausentado también con su coche y su chófer. Asimismo se habían ido, aunque por poco rato, la cocinera y la mujer que iba a hacer faenas por horas.

Por lo tanto, en el castillo, en aquel momento, sólo quedaban Denise, Karen, y el secretario de lord Nellmmens. Y Tony Carroll.

—Vaya a la casa del señor Williamstton —dijo el secretario al mayordomo—. A la casa del señor Williamstton, que se halla, como ya sabe, al borde de esta misma colina... Dígale de parte de lord Nellmmens que tendrá mucho gusto en recibirle así que él tenga a bien visitarnos.

—Sí, señor —acató Tony Carroll.

—Vaya ahora mismo.

—¿Y si no está...? —preguntó.

—Espere a que llegue.

—De acuerdo, señor.

Desde el primer momento, Tony Carroll receló de aquel encargo. Con mayor motivo puesto que la cuñada de lord Nellmmens, Denise, tenía la costumbre de salir a dar una vuelta a aquellas horas de la tarde.

Solía cruzar la explanada que había ante el castillo y solía, asimismo, adentrarse entre los caminos y los atajos que deparaba la colina. No se alejaba mucho, pero iba despacio y tardaba más de una hora en regresar.

Puestas así las cosas, Tony Carroll calculó que en el castillo Karen se iba quedar a solas con el secretario de lord Nellmmens. Lo dicho, receló de aquel encargo desde el primer momento.

Aunque, por descontado, no lo exteriorizó.

Muy poco después, obedeciendo órdenes, abandonaba el castillo.

El secretario de lord Nellmmens quedó en el salón biblioteca, a la espera de que Denise saliera a dar su habitual paseo. Lo que sucedió brevísimos instantes después.

Entonces, sabiéndose ya a solas en el castillo con Karen, el secretario se dirigió en su busca. Pero apenas dados unos pasos fuera de la estancia, cambió de parecer y la llamó.

La muchacha se presentó enseguida.

—Dígame, señor.

—Todos se han ido —le dijo él—. Nos hemos quedado solos.

Y la miró de una forma que hacía innecesario añadir nada más.

—¿Y bien, señor?

—No te hagas la tonta, sabes de sobra la inclinación que siento por ti.

—Le dije ya, señor, que tengo novio...

El hombre no estaba para conversaciones. Por lo que quiso ir directo a lo que le interesaba.

—Pasa —y le indicó la puerta del salón biblioteca. Y cuando ella, medio cohibida, medio medrosa, optó finalmente por obedecer —: Podemos tomar juntos una copa; ¿qué te parece?

—No me gusta la idea.

Se hartó. Ya sin más.

—¡Pues a mí me gastas tú, y esta ocasión no voy a

perdémela...!

Se lanzó hacia la muchacha cegado por sus obscenos instintos. En aquel momento no veía otra cosa que aquel cuerpo, de formas jóvenes y palpitantes, que le atraía como un imán.

Al llegar a ella, puso sus manos sobre sus hombros. Le clavó allí los dedos con una inusitada brusquedad.

—Déjeme... —protestó ella.

La lanzó sobre el sofá. La tendió allí quieras que no, alzándole la falda.

Pero fue lo último que hizo con la muchacha, pues se sintió cogido por un brazo y girado en redondo. Y acto seguido recibió un puñetazo demoledor que le hizo retroceder varios metros e ir a estrellarse aparatosamente contra una de las paredes.

Tony Carroll había aparecido inesperadamente.

—Me aparta de la casa para meterse con mi novia, ¿eh? —El mayordomo hacía frente a la situación sin complejos de ninguna índole—. Un truco demasiado sabido y sobado.

—¿Cómo se ha atrevido? —barbotó desde el suelo el secretario, mientras se llevaba la mano al mentón con gesto dolorido.

—Yo aquí no soy nadie —dijo Tony Carroll—, pero usted tampoco. Su sueldo es mejor, como lo es también el puesto que desempeña, pero ambos debemos respeto y obediencia a lord Nellmmens. Y a lord Nellmmens no le gustaría nada saber que usted se toma estas libertades en su ausencia.

—Es usted un insensato —repuso el secretario, levantándose del suelo—, si cree que puede compararse a mí. Yo tengo mucha ascendencia con lord Nellmmens.

—No la suficiente —puntualizó— para atreverse a decirle que le he dado un puñetazo. De decírselo, le preguntaría el porqué de lo sucedido, y creo, sinceramente...

—¡Lo repito, es usted un insensato, y ahora añadido, un imbécil! —se había excitado—. Y voy a demostrárselo, haciendo que sea despedido en el acto. A menos —adelantó unos pasos hacia la muchacha, quien de pie estaba ya lejos del sofá—, que se retire ahora mismo y me deje a solas con la chica...

—Y un cuento chino —ironizó Tony Carroll.

El secretario se había hecho la ilusión de hacer el amor con Karen, y no pudo resignarse a dejar para otro momento lo que tanto

le apetecía en aquel instante. Además, como era alto y fuerte, y tenía tan sólo treinta y cinco años, pensó que sin duda podría con el joven que se le antojó más pendenciero y galán de película que otra cosa. Así que, de pronto, le exigió:

—¡Retírese ahora mismo!

—Con Karen... —dijo Tony Carroll.

—¡Solo! —le exigió.

—Ni hablar.

El secretario se abalanzó hacia adelante, disparándole un directo que no estuvo nada mal y que, por lo rápido e inesperado, Tony Carroll no pudo evitar del todo. En consecuencia, se tambaleó como si hubiera bebido un par de copas de más.

Pero fue un leve tambaleo, enseguida se enderezó. Y la respuesta, dura y contundente, no se hizo esperar, salió en un rechazazo que cogió de pleno el estómago del secretario.

Éste gimió de dolor, se encogió sobre sí mismo, pero, al poco, se lanzó de nuevo al ataque. Cada vez se sentía más indignado y menos dispuesto a ceder.

Tony Carroll le esperó en postura de púgil acostumbrado a recibir acometidas, rechazando el ataque y dejando constancia de que era un hombre ducho en tales tejemanejes.

Le alcanzó a Tony Carroll, empero, un nuevo golpe y entonces fue él quién se indignó. Y de mala manera por cierto, ya que no se anduvo con medias tintas y a partir de ese momento lanzó su puño hacia adelante con rápidos, ametrallantes, y a la vez durísimos, que no dejaron tiempo de respirar a su adversario.

En conclusión, dos minutos después, mejor dicho, un minuto y cuarenta y cinco segundos después, el secretario quedaba tendido en el suelo sin fuerza ya para ponerse en pie. Había perdido el combate. De manera irreversible.

—Me las pagará —le desafió desde el suelo, saliéndole las palabras silabeantes entre los dientes que le castañeteaban de rabia e impotencia.

—Si usted lo dice... —Y dirigiéndose a la muchacha—: Ven Karen, salgamos de aquí cuanto antes.

Ya fuera del salón biblioteca, miró a la muchacha con un gesto un tanto socarrón.

—¡Me metes en cada lío!

—Gracias. Tony. Te has portado muy bien. —Sonreían, con chispitas, los bonitos ojos femeninos—. Recuérdamelo, te debo un beso.

—Te lo recordaré, preciosa.

Así que la cuñada de lord Nellmmens, Celeste, subió a su coche y se dirigió a Dobbissman, o más exactamente, así que enfocó la carretera que conducía a la localidad, vio a un hombre junto a la cuneta. Levantaba el brazo. Pedía que se parara.

Celeste detuvo el coche.

—¿Podría, señora, llevarme hasta Dobbissman? Sí, sí, ya sé que está muy cerca —se apresuró a decir el desconocido—, pero he sufrido una torcedura en el tobillo y...

—No faltaría más —se apresuró a decir Celeste, a la que a veces le gustaba mostrarse caritativa con sus semejantes—. Suba usted.

—Gracias, señora.

El desconocido vestía de un modo normal. Nada en él llamaba la atención. Pero llevaba algo largo y estrecho envuelto en un papel recio, y esa circunstancia, de un modo quizá meramente casual, levantó la curiosidad de Celeste.

No preguntó nada, sin embargo, considerando que no hubiera estado bien que lo hiciera.

Pero el desconocido pareció leerle el pensamiento y dijo:

—Aquí traigo, envuelta en este papel, una espada... Es de gruesa empuñadura, de recia hoja, del siglo xv. ¿Quiere usted verla, señora?

—Si es usted tan amable...

—Claro que sí —desdoblando el papel se la mostró—. Es magnífica, ¿verdad? Muy antigua, ya se lo he dicho, pero claro, en eso estriba su valor... Hay que tener presente —aclaró—, que pertenece a esos tiempos en que aún existían brujas...

—¡Ah! pero ¿alguna vez han existido brujas?

Le había sorprendido lo que acababa de oír.

—Sí, claro que sí —asintió el desconocido—. Existían brujas y frecuentemente morían quemadas en las hogueras. Aunque en aquellos tiempos no sólo morían en las hogueras las brujas...

—Ah, ¿no?

—Les esperaba igual suerte a algunas mujeres cuyo único pecado había consistido en haber sido infieles a sus maridos. Por

aquí, muy cerca, creo que en ese castillo... —señaló el castillo de lord Nellmmens—. Sí, allí, murió de esa forma una bellísima muchacha pelirroja... Victoria Williamstton... ¿No ha oído usted hablar de ella?

—He visto su cuadro —contestó Celeste, recordando la galería—. Sólo eso.

De pronto, aunque sin saber exactamente por qué, lamentó haber detenido su coche y haber accedido a llevar a aquel desconocido hasta Dobbissman. Lamentó, en una palabra, haberle cedido aquel puesto a su lado.

Sí, acababa de sentir miedo. Un miedo, que aunque resultaba confuso e impreciso, no por ello lo sentía menos intensamente.

Echó una ojeada al intruso, aprovechando que la carretera ofrecía una perspectiva propicia para separar la mirada de su trayectoria. Y como sea que el desconocido estaba girando hacia ella, reparó perfectamente en sus ojos.

¿Qué tenían esos ojos de especiales?

Nada. Eran normales.

Pero Celeste tuvo la sensación de que esos ojos tenían algo que ver con Victoria Williamstton. Una sensación violenta y sobrecogedora, que le hizo notar que los pelos se le ponían de punta.

Quiso serenarse. Lo que acababa de pensar era una ridiculez. Sin duda le habían impresionado demasiado aquellas palabras del desconocido, donde brujas y hogueras se confundían en una mescolanza extraña.

El coche se detuvo. El desconocido acababa de colocar su pie sobre el freno, presionándolo súbitamente.

—¿Qué hace...? —protestó Celeste.

—Sería más lógico que me preguntara lo que voy a hacer.

—No le entiendo.

—Se lo voy a decir. Voy a clavarle esta espada en el cuerpo...

Y el hombre que Celeste había recogido en la carretera, no había hablado en broma.

Aunque hubiera sido una broma macabra, claro. Pero no, no se trataba de eso. Había hablado muy en serio.

Y lo demostró enseguida. Cogiendo la gruesa empuñadura, con fuerza, y colocando la punta de la recia espada en el cuerpo de la

mujer, arremetió hacia adelante.

Dada la impetuosidad de su gesto, lo lógico habría sido que la hoja se hundiera en aquel cuerpo humano con suma facilidad. Pero no fue así, porque la mujer llevaba una faja de ballenas y la espada se vio detenida, frenada. Aunque, claro, sólo detenida y frenada. Instantes después había logrado su propósito, atravesar aquel cuerpo. Y lo hizo de parte a parte.

Celeste había agrandado los ojos, de incomprensión y a la vez de espanto. Esto al principio. Después los agrandó de dolor.

—¡Nooooo...! —gimió, doblándose sobre sí misma, sobre la espalda asesina.

Una espada que el desconocido acababa de recuperar íntegramente. Primero la había impulsado hacia adelante. Ahora acababa de impulsarla hacia atrás.

El cuerpo quedó con un boquete colosal, de donde manó un chorro espeluznante de sangre.

Manó con tanta fuerza que incluso quedaron manchados los cristales del parabrisas.

El desconocido se dispuso a repetir su acción. Tenía que rematarla. No quería correr riesgos inútiles.

Sin embargo, la había atravesado de parte a parte y era ya innecesario que volviera a hacer aquello. Estaba ya sentenciada. No viviría ni cinco segundos.

No vivió ni uno. Había muerto ya.

Pero el desconocido no se dio cuenta de ello y volvió a atravesarla. Con tan increíble e inusitada fuerza esta vez, que la espada se le quedó metida, incrustada, en el respaldo del sillón.

Allí se quedó.

Sí, el asesino deseó dejar constancia de que era una espada antigua, del siglo xv, la que había acabado con la vida de Celeste. Sí, del siglo xv. Cuando había brujas y éstas morían en las hogueras.

Aunque también morían en las hogueras, quemadas, muchachas hermosas cuyo único pecado había consistido en ser infieles a sus maridos.

Como Victoria Williamstton.

CAPÍTULO VIII

Cuando lord Nellmmens entró en el salón biblioteca y vio a su secretario en aquel estado, lleno de hematomas y con la nariz sangrando, se quedó mudo. No terminaba de comprender lo que había pasado.

—Ha sido el mayordomo —le dijo su secretario.

—Pues ¿qué ha pasado? —quiso saber.

—Le he enviado a la casa de Patrick Williamstton, para decirle que usted, lord Nellmmens, tendría mucho gusto en recibirle...

—¿Y a santo de qué —le atajó—, cursas invitaciones en mi nombre? ¿Quién te da derecho a...? —No acabó.

—Quería —repuso el secretario—, alejar al mayordomo de esta casa. A mí me gusta Karen, la doncella, y...

—¡De nuevo te has metido en un lío de faldas! —barbotó—. ¿No escarmentarás nunca?

—Ha hecho ver que salía —le explicó—. Ha hecho ver que se dirigía en busca de Patrick Williamstton. Pero así que he empezado a meterme con la chica se me ha plantado delante y a la vista tiene usted los resultados de nuestro altercado.

—Lo tienes bien merecido —aseguró lord Nellmmens, tajante, definitivo—. Nada te da derecho a...

—Esto no puede acabar así —repuso el secretario—. De lo contrario mi dignidad quedaría muy mal parada. —Y añadió, con tono de quien ordena, de quien exige: Va usted a despedirle, lord Nellmmens.

—No —contestó éste, tras una brevísima pausa.

Debía esperarse, tal vez, la negativa. No se alteró lo más mínimo. Simplemente habló de nuevo.

—Usted sabe de sobra, lord Nellmmens, que soy algo más que un secretario... Pero se lo recuerdo, por si lo ha olvidado.

—Yo nunca olvido nada —aclaró—. Sin embargo, no me gusta la

idea de despedir al mayordomo, ni a nadie, y como la idea no me gusta no voy a hacerlo —se mantenía firme.

—Puedo ponerme a malas con usted, lord Nellmmens; supongo que esto también lo sabe —le amenazó—. Así que le aconsejo que le despida sin darle más vueltas al asunto.

—No es razonable que le despida, ¿no lo comprendes? Podría pensar que tienes «excesivo» predominio sobre mí.

—¿Y qué, si lo pensaba? ¿Acaso no es cierto?

—Pensar eso podría llevarle, quizá, a hacer conjeturas... Y no nos interesa que eso pueda ocurrir. Debemos andar con pies de plomo.

—¡Qué diablos! —exclamó—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Se había oído un ruido tras ellos, y ambos se giraron hacia la puerta que acababa de abrirse. Era el chófer.

—Lord Nellmmens —dijo tras cerrar la puerta a sus espaldas—, vengo a hablar con usted. Me alegro —miró al secretario—, de que estemos los tres. Así, reunidos, posiblemente nos entenderemos mejor.

—No quiere despedir al mayordomo —se quejó el secretario, buscando en el chófer, por lo visto, cierta ayuda.

—Supongo —repuso éste—, que nos retiene aquí un asunto más importante que tus devaneos con la doncella... Porque se trata de que te has metido con la chica y el mayordomo te ha dado una buena ración de golpes, ¿no? Sí, claro, tus líos de faldas se repiten... Bueno, dejémonos de tonterías y procedamos, en el trabajo que nos agrupa, con sensatez... De lo contrario todo acabará mal.

—Me gusta verte tan razonable —sonrió levemente lord Nellmmens, dirigiéndose al chófer.

—A mí —dijo éste—, me gustaría verle razonable a usted. Y francamente, de eso nada...

—¿Me estás reprochando algo? —inquirió lord Nellmmens, quien se dio cuenta de que ambos, secretario y chófer estaban, aunque por distintos motivos, mal predispuestos contra él.

—Si —afirmó el chófer—. Le reprocho que sólo usted, lord Nellmmens, tenga la sartén por el mango. Eso no lo encuentro justo. Si juntos arriesgamos la piel...

—Si las cosas se han hecho a mi manera —observó lord

Nellmmens—, ha sido por el bien de los tres. Yo tengo más cerebro que vosotros y sé que hay que hacerlo todo con serenidad, sin precipitaciones. El asunto, en vuestras manos, se estropearía, se vendría abajo por no saber proceder con la debida calma...

—No me gusta esta palabra. Ni a su secretario ni a mí —dijo el chófer.

—Sin embargo —aclaró lord Nellmmens—, debemos esgrimirla como nuestra mejor arma. ¿No os hacéis cargo? —inquirió seguidamente—. Hay que esperar a que la policía deje el asunto por concluido, a que lo deje archivado... Entonces, ya sin riesgos, será el momento de desprendemos de todo y de repartirlo...

—Pero hasta que llegue ese momento —insistió el chófer—, sólo usted lord Nellmmens, sabe dónde está el maletín de cuero negro.

—Si me decidí a comprar este castillo, no fue simplemente para dejar pasar el tiempo. El tiempo hubiéramos podido dejarlo pasar en cualquier parte. Me decidí a elegir un lugar como éste, porque aquí, entre las piedras derruidas del castillo, hay lugares idóneos para esconder un maletín negro... Y es lo que yo he hecho, esconderlo... Donde sé de antemano que nadie ha de encontrarlo...

—Ni nosotros, ¿no es eso? —ironizó el secretario.

—Os entiesaré vuestra parte a su debido tiempo —subrayó lord Nellmmens—, pero ni un minuto antes.

—No quiera jugarnos una mala pasada, lord Nellmmens —advirtió el chófer—. Habría de penarle, se lo aseguro.

—Teniendo escondido el maletín de cuero negro, sólo pretendo que nos desprendamos de su contenido cuando sea el momento, no antes. Vosotros, por nervio, por precipitación, por poca cabeza, seríais capaces de echarlo todo a rodar. Os conozco, y por eso he tomado mis precauciones.

—Quiero creer que es sincero con nosotros —dijo el chófer, finalmente.

—Yo también quiero creerlo así —añadió el secretario—. Pero de despedir al mayordomo, ¿qué?

—Dejémoslo todo como está —repuso lord Nellmmens—. No compliquemos las cosas.

—Tiene razón —asintió el chófer.

El secretario torció agriamente el gesto. Y abrió la boca, sin duda para decir algo. Pero no lo dijo.

En aquel momento se oyó la sirena de un coche de la policía.

Se apeó el inspector, un hombre pequeño y delgado, y dos de sus hombres.

Entonces se enteraron de que Celeste había sido asesinada. La habían encontrado muerta, caída sobre el volante de su coche, a medio camino entre el castillo y Dobbissman.

—Le han atravesado el cuerpo por dos veces, con una espada de gruesa empuñadura, de ancho filo... Una espada del siglo xv.

Venía a interrogar a los componentes del castillo. Lo hizo así, en cuanto decreció el desespero y el llanto de Denise. Antes fue imposible.

Pero poco pudo adelantar con aquellos interrogatorios y decidió dejar la investigación para más adelante. Ya volvería otro día.

Entonces vio allí a alguien en quien hasta entonces no había reparado.

—¿Quién es usted?

—Patrick Williamstton —le contestó el joven alto y pecoso—. Acabo de oír la sirena de la policía. He venido a ver qué pasaba.

Se lo dijeron.

—¿Asesinada...? ¿Y con una espada del siglo xv...?

Hizo un gesto difícil de definir.

—¿Conocía usted a la víctima? —le preguntó el inspector.

—No había tenido ese placer.

—Mis cuñadas vinieron aquí apenas hace unos días —explicó lord Nellmmens—. Bien mirado es lógico que aún no se conocieran.

Poco después, el inspector se había retirado y Patrick Williamstton decidía regresar a su pequeña casa.

—En otro momento —le dijo lord Nellmmens—, iré en su busca, Entonces hablaremos, si a usted no le importa...

—Encantado. Pero hablar, ¿de qué? —preguntó, algo sorprendido del tono que le había salido al actual dueño del castillo.

—De lo que usted me dijo que algunos aseguran que sucede aquí por las noches —contestó—. Que se oyen gritos de mujer... De Victoria Williamstton, su antepasada. Esa joven pelirroja, bellísima, a la que su esposo, por infiel, condenó a morir en una hoguera.

—Me dijo que no creía en esas cosas...

—Antes no.

—¿Ahora sí...? —arrugó el entrecejo. Y añadió—: De saber que iba a cambiar de manera de pensar, no hubiera vuelto a colocar el cuadro en su sirio...

—No me desagrada tenerlo en la galería, se lo aseguro. No se preocupe por eso.

—Devuélvame lo si quiere.

—No, no...

—Como guste.

—Lo dicho, otro día hablaremos de todo eso...

De momento, a lord Nellmmens le bastaba con saber lo que ya sabía. Que de sus dos cuñadas, una ya no le estorbaría. Buen peso acababa de quitarse de encima.

Pero faltaba Denise...

CAPÍTULO IX

La noche estaba cargada de niebla. Más que ninguna otra. Por lo que lord Nellmmens se dijo que, si salía del castillo, se encontraría con Victoria Williamstton.

Y debía reunirse con ella, pensó, para dar verosimilitud a su papel. Al papel. Al papel que estaba representando, gracias al cual, qué duda cabe, Celeste ya no existía.

Ahora debía hacer creer que aquella muerte le había afectado mucho, pero que, a pesar de eso, aún no se hallaba dispuesto a ceder a las exigencias de la muchacha pelirroja.

En consecuencia, pues, ésta eliminaría seguidamente a Denise.

Entonces, sólo entonces, cuando Denise ya no viviera, aparecería de nuevo él y le diría que sí, que se doblegaba a sus deseos. Pero solo, lo dicho, cuando Denise ya no viviera.

De momento, por tanto, debía limitarse a fingir que el dolor le tenía trastornado.

Salió del castillo y se fue hacia el otro extremo, donde las piedras derruidas se amontonaban, donde, más allá, sólo quedaban en pie un par de columnas.

No se dio cuenta de que le seguían.

Era Tony Carroll. Había estado esperando esta ocasión con verdadera ansia. Mucho dependía de lo que sus ojos vieran.

Lord Nellmmens siguió adelante hasta llegar, más o menos, al mismo lugar de otras noches.

Entonces empezaron a oírse los gritos de Victoria Williamstton y poco después, de súbito, surgió el resplandor de la hoguera. Un vivo resplandor, que, no obstante, no proyectaba claridad. Era un resplandor insólito, inconcebible, anormal.

Arriba, sobre las últimas ramas de la enorme pira, Victoria Williamstton veía ya con horror cómo su vestido empezaba a ser pasto de las llamas.

Siguieron sus gritos. Horribles, desgarrados, pavorosos...

También las llamas siguieron avanzando y avanzando hasta que la infeliz Victoria Williamstton no fue ya nada más que una pura ascua. Entonces su cuerpo se desvaneció, se dobló, cesando sus gritos.

Acababa de morir una vez más.

Luego, de, pronto la hoguera dejó de verse y Victoria Williamstton desapareció. Todo, de nuevo, parecía formar parte de una pesadilla.

—Quenas noches, lord Nellmmens —acababa de oír la voz de ella, cerca, muy cerca.

Se volvió, y la vio a un par de pasos escasos de él.

—¿Has venido a verme agonizar una vez más? —le preguntó la muchacha pelirroja—. ¿En ello encuentras placer...?

—¡Oh, no! —protestó lord Nellmmens—. No me gusta verte sufrir, créeme... Si he venido, ha sido sólo para decirte que estoy trastornado por lo sucedido... Ha muerto asesinada mi muy querida cuñada Celeste. Pero tú no tienes nada que ver con eso, ¿verdad?

—Sí —afirmó Victoria Williamstton.

—No puedo creerlo. Debe tratarse de una mera coincidencia...

—¡No! —exclamó ella—. ¡Ha muerto porque yo he mandado que la mataran!

—¿A quién se lo has mandado? —preguntó.

—¿Qué importa eso...? Lo único válido es que ha muerto porque tú no has querido darme lo que te pido... Y ahora —le previno—, morirá también Denise...

La alegría de lord Nellmmens fue inmensa, pero la controló, no la exteriorizó. No le convenía hacerlo. Por el contrario fingió que se horrorizaba. Pero sólo por unos instantes. Casi en el acto dijo:

—No, no puedo creer que tú seas la responsable de la muerte de Celeste. Me dices que sí para impresionarme...

—Si no cedes a la primera, cederás a la segunda. ¿Sabes? yo no tengo demasiada prisa. Hace ya mucho que espero. Bien mirado puedo esperar un poco más.

—Compréndelo, no puedo darte lo que me pides... Es demasiado...

—Nada es demasiado para salvar la propia vida, lord Nellmmens. Y recuérdalo, si una vez muerta Denise persistes en tu

actitud, entonces te tocará a ti...

—No puedo creer que tú hayas tomado parte en lo sucedido...

—Murió atravesada por una espada antigua. De recia empuñadura, de recia hoja... Una espada de mis tiempos, ¿no?

—Sí, eso sí. Pero no significa necesariamente... No, no es posible —y zanjando la entrevista—: Adiós... Adiós... Espero no volver a verte...

—Vendrás, vendrás... —aseguró Victoria Williamstton—. Así que haya muerto Denise, te entrará miedo, verdadero miedo, y vendrás. Hasta entonces, lord Nellmmens.

Éste se alejó. Había hecho su papel. De momento no tenía necesidad de hacer más.

Reparó en que, instantes antes de retroceder sobre sus propios pasos, al pasar por determinado lugar, una sombra se agachó, se agazapó entre las piedras.

Era Tony Carroll, que había presenciado, aunque de lejos, la escena de la hoguera. Era él quien le había oído hablar con Victoria Williamstton, aunque la distancia le impidió entender lo que decían.

Sí, era Tony Carroll, que se quedó allí escondido, queriendo ver lo que sucedía a continuación.

Sin embargo, no sucedió nada de lo que esperaba, o parecía, por lo visto, esperar. Victoria Williamstton se alejó entre la niebla y ahí acabó todo.

Aquella noche no sucedió nada más.

Empero, Tony Carroll había de inspeccionar por los alrededores. Para eso se había llevado una linterna.

Pero esperó un rato. El suficiente para que nadie se diera cuenta de lo que hacía. Ya tranquilo a este respecto, sacó la linterna e iluminó con su luz los lugares que consideró de más interés. Las piedras derruidas, el lugar exacto donde la hoguera había quemado a Victoria Williamstton. Pero lo que miró con más atención, más meticulosamente, fueron aquellas dos columnas aún en pie...

Después apagó la linterna y tras unos minutos de espera, para habituarse de nuevo a la oscuridad y asimismo a la niebla, regresó al castillo.

Con tanto cuidado subió la estrecha escalera, anduvo por el pasillo, y abrió y cerró la puerta de su habitación, que se acostó convencido de que al menos en esta ocasión Karen no había llegado

a oírle.

Pero su convencimiento duró poco. Poquísimo.

Oyó que sonaban unos golpecitos muy discretos en la puerta de su cuarto. Y no le hizo falta más, por descontado que no, para saber que se trataba de ella.

Se dirigió a la puerta y la entreabrió lentamente.

—Tú, claro...

Ella se coló dentro y cerró a sus espaldas. Se había puesto una bata, entrecerrándosela con descuido. Debajo llevaba un pijama floreado.

—Dime, Tony, ¿has averiguado algo?

—¿De qué? —preguntó, a lo tonto.

—Has salido siguiendo a lord Nellmmens. Los dos os habéis alejado entre la niebla. Después he creído oír gritos. Los gritos de una mujer...

—Más que tener el oído fino, voy a acabar suponiendo que te has propuesto ser mi sombra.

—Soy muy curiosa, ya te lo dije.

—Vigilar es una fea costumbre...

—Tú vigilas a lord Nellmmens —le recordó.

—Yo soy policía. Estoy en esta casa en acto de servicio.

—Me hago cargo de la diferencia, claro que sí. Pero qué quieres, todo lo que encierra intriga, emoción, suspense me atrae de un modo irresistible.

—Ya lo veo.

—Bueno, respóndeme, no seas malo. ¿Has averiguado algo?

—Sí —afirmó él.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que de chica tímida, Karen, tú no tienes nada. Ni siquiera a ratos... De tener algo, ahora no estarías en la habitación de un hombre. Oye, ¿no temes que me propase?

—No —sonrió—. Tú eres un caballero, Tony.

—Desconfía de los caballeros.

—¿Acabas de insinuar que es mejor que me vaya de aquí cuanto antes?

—Exactamente.

—Bien, de acuerdo, me voy. Pero ¿no me dices antes lo que has averiguado?

—Sabes ser machacona, ¿eh?

—Un poquito...

—Si no fuera por lo guapa que eres, no te lo pasarías —se acercó a ella con intenciones bien claras—. Pero pienso que, en homenaje a tus encantos, mereces...

La había estrechado entre sus brazos. Con un ardor excesivo. No cabía la menor duda, empezar así y acabar en la cama era cosa de segundos.

—Frena, frena... —Y poniéndose las manos en el pecho la muchacha le rechazó. Suave y dulcemente, pero le rechazó—. Todo a su debido tiempo. Si fueras mi novio, no te digo...

—Vas diciendo que lo soy, ¿no?

—Pero no lo eres. Sin embargo, podría serlo si te empeñaras. En ese caso, seguro que no me mostraría tan mojigata...

—¿No podemos hacernos novios ahora, Karen? Yo estoy que ardo...

—¿Cómo Victoria Williamstton en la hoguera?

—¡Demonio de muchacha! —barbotó—. Esto que acabas de decir significa que me has seguido también esta noche.

—Sí —admitió ella—. Pero con la debida discreción. No lo pongas en duda. Quédate tranquilo —y agregó—: Dime, ¿qué mirabas tanto con la linterna? Parecías estar buscando el tesoro de Alí Baba y los cuarenta ladrones.

CAPÍTULO X

Era su día libre.

Así que Tony Carroll se dispuso a salir.

—¿Y vas a dejarme sola? —le preguntó Karen con tono de reproche.

—No te apartes de la cocinera, que indudablemente es una buena mujer, y todo irá bien —le contestó él—. Yo tengo que salir. No puedo dejar de hacerlo.

—¿Adónde vas a ir? Si no te importa decírmelo...

—Sí me importa, y por eso no te lo digo. ¿Está claro?

Karen no insistió. No quiso hacerse pesada con su curiosidad. Una curiosidad en la que, lo comprendía, se había excedido un poco más de lo debido.

—Que te haya bien... —le deseó, simplemente.

Pero antes de irse, Tony Carroll se dirigió hacia la galería de cuadros y allí, junto al lienzo de Victoria Williamstton, permaneció unos minutos.

No muchos, pero sí los precisos para, aprovechando un momento en que nadie podía verle, sacar un pequeño cortaplumas y raspar levemente la tela. Tan levemente, eso sí, que, apenas dejó huella de lo que hizo.

Después se retiró de allí e instantes después, salía del castillo.

A grandes zancadas recorrió el camino cimbreado que descendía la colina, pasando ante la pequeña casa del exdueño del castillo, y una vez en la carretera esperó que llegara el autocar de línea.

Cuando lo vio aparecer, hizo señal de parada.

El chófer paró. No obstante, le hizo saber:

—Aquí no es parada obligatoria.

—Ya lo sé. Pero tenía un poco de prisa, ¿sabe? Le quedo muy agradecido.

Y subió al vehículo.

Desde la explanada que había frente al castillo, Karen estaba observándole. Le hubiera gustado que aquél fuera también su día libre.

Denise no se había sobrepuesto a la pérdida de su hermana. Había resultado un golpe demasiado duro e inesperado.

Aun así, Denise se sentía con fuerzas para proseguir...

No, no cejaría en su empeño de saber si lord Nellmmens había matado a su esposa, a su otra hermana. Celeste y ella decidieron averiguarlo y puesto que Celeste ya no existía, toda la responsabilidad ahora le correspondía a ella.

Pero ¿quién había acabado con la vida de Celeste? Ese pensamiento le inquietaba. ¿Acaso, su cuñado, temiendo que ellas pudieran recelar algo...?

No, no. Debía tratarse de algún perturbado mental que andaría suelto por allí. Otra cosa carecía de sentido.

Se dispuso a dar su paseo habitual. Aunque se sentía cansada, pensó que andar un poco podría sentarle bien, posiblemente la relajaría. Pero había retardado el momento de su salida, había ya mucha niebla, y no apetecía nada salir del castillo.

Además, ¡el terreno aquel era tan árido, seco, desolado! No se veía ni un solo árbol. Ni hierba siquiera parecía haber. Era aquél un terreno sumamente hostil.

Aun así, y pese a todo, optó por salir y por adentrarse entre los caminos y atajos que deparaba la colina.

Aproximadamente unos quince minutos después, se volvió y miró hacia el castillo.

Entonces se dio perfecta cuenta, exacta cuenta, de lo densa y espesa que era la niebla. El castillo se perdía, se difuminaba en lo alto de la colina. Tanto es así, que en realidad no se veía. Igual que si no existiera.

Pensó que debía regresar. Si la niebla seguía así, haciéndose cada vez más densa, llegaría un momento en que ni siquiera vería el suelo.

Pero, de súbito, Denise quedó inmovilizada. Alguien estaba a su lado.

—Hola —le saludó el recién llegado.

—¿Ah, es usted? De momento no le había reconocido. Confieso

que me ha asustado un poco.

—Discúlpeme.

—Ha sido a causa de la niebla. Con una niebla así, es fácil asustarse por cualquier cosa.

—Y después de lo sucedido a su hermana, con mayor motivo. Lo comprendo perfectamente.

Y mientras dijo esto, empezó a desenvolver el paquete que llevaba bajo el brazo.

—Regreso ya —repuso Denise.

—Espere un momento, le enseñaré esto...

—¿Qué es? —preguntó.

—Le gustará verlo.

—¿Sí...?

Le enseñó lo que contenía aquel papel grueso. Y Denise se quedó helada, petrificada, por decirlo de alguna manera. Aunque resulta difícil definir exactamente lo que experimentó.

Lo que sí puede afirmarse, y afirmarse por descontado del modo más rotundo y categórico, es que su interior se sintió morir de miedo. Miedo hasta creer que las fuerzas le faltaban incluso para meter aire en sus pulmones.

Acababa de ver una espada antigua, de gruesa empuñadura y recia hoja. Una espada similar a la que había atravesado por dos veces el cuerpo de su hermana.

—Pero... pero... —Se puso a balbucear.

—Me hago cargo, no esperaba ver algo así...

—Pero, pero... —siguió diciendo Denise.

No iba a tener opción a decir nada más. Su fin estaba próximo, tanto como lo estuvo el de su hermana cuando dejó subir a su coche a aquel desconocido.

—Me han ordenado que la mate —pronunció estas palabras del modo más escalofriante.

—¿Qué...? ¿Quién...? —Y el miedo, convertido ya en pánico, en terror, agrandó sus pupilas desmesuradamente.

—Sí, que la mate —repitió.

—¿Quién...? ¿Quién ha podido...? —El terror, el pánico, ahora la hacían temblar de la forma más lamentable.

No le respondió con palabras. ¿De qué podían servir éstas, si en ese momento lo que hacía falta era actuar?

Y actuó. ¡Y tanto que sí! Sin vacilaciones. Sin titubeos.

Por lo que la espada le atravesó el cuerpo en un abrir y cerrar de ojo. Aunque Denise también llevaba faja de ballenas y éstas frenaron la hoja, si bien por brevísimos instantes. Después entró como una exhalación. Como una mortal exhalación.

—¡Nooooo...! —gritó Denise, doblándose sobre sí misma, sobre la espada asesina.

La misma exclamación había salido de la boca de Celeste. El mismo gesto hizo Celeste. Ni siendo hermanas gemelas hubieran podido reaccionar de una forma más análoga.

Por lo demás, el cuerpo de Denise, igual que el de su hermana, quedó con un boquete colosal. Desde donde manó, asimismo, un chorro espeluznante de sangre.

Pero esta vez el cuerpo no había quedado atravesado de parte a parte. De ser así hubiera salido la punía por el otro lado. De todos modos, poco debió faltar para que eso sucediera.

El cuerpo de Denise cayó sobre la tierra que la niebla había humedecido.

Aún confiaba en seguir viviendo. Pero qué duela cabe, se hacía ilusiones tontas. Estaba mortalmente herida.

El hombre, esta vez lo vio claro. Tan claro que consideró inútil rematarla.

Se limitó a quedar allí, esperando a que diera su último aliento, a que diera su último estertor. No podía tardar en llegar ese momento.

Sin embargo, Denise respiraba, seguía respirando, y perdió la paciencia. No era cosa de arriesgarse por no hacer lo que ya hizo con su hermana.

No se lo pensó dos veces.

Apretó con fuerza el puño de la espada y ¡zas...! de nuevo incrustó la hoja en aquel cuerpo.

Un cuerpo que, en honor a la verdad, estaba ya sin vida cuando el acero rasgó por segunda vez sus carnes.

Lo mismo le había sucedido con Celeste. Sí, lo dicho, ni siendo hermanas gemelas hubieran podido hacerlo todo de una manera más parecida.

CAPÍTULO XI

De nuevo se presentó la policía en el castillo.

De nuevo hubo interrogatorios.

Pero tampoco ahora consiguió aclarar nada el inspector, por lo que terminó yéndose de allí lo mismo que había llegado.

Lord Nellmmens respiró a gusto, a pleno pulmón. Sus cuñadas ya no le estorbarían, ya no le interceptarían el camino a recorrer. Por lo demás, la policía estaba totalmente despistada. Perfecto.

Esperó a que llegara la noche con verdadera ansia. La niebla abundaba, así que aquella noche, qué duda cabe, sería idónea para reunirse con Victoria Williamstton.

Sí, se reuniría con ella y le diría que acababa de comprender que le convenía avenirse a sus condiciones y que por lo tanto estaba dispuesto a darle lo que le pedía.

Una vez se lo hubiera dado, serviría para el caso cualquiera de las joyas que contenía el maletín de cuero negro, Victoria Williamstton desaparecería... No, no volvería a gritar, ni a morir, ni a vagar por aquellos alrededores como un fantasma a la vez hermoso y monstruoso...

Lo cierto es que lord Nellmmens se hallaba inmerso por completo, de un modo total y absorto, en el entorno de aquel pasado que había surgido de pronto en la noche, entre la niebla ante, sus propios ojos. Un pasado del que Victoria Williamstton era su protagonista.

Él había contemplado su hermosura en el lienzo de galería de cuadros, la había visto morir en la hoguera, entre gritos pavorosos, y luego había reparado en su cuerpo lleno de quemaduras, heridas y llagas.

Ante unos hechos que al principio consideró inaceptables, no tardó, sin embargo, en sumergirse, en sucumbir, y en quedar profundamente aturdido y desconcertado.

Al poco, ya no pudo dudar de lo que había visto y ya no consideró absurda ni ridícula la idea de creer que todo aquello formaba parte, en verdad, de un pasado que cobraba extraña vida merced a un sobrecogedor y alucinante maleficio.

Había sucedido a pesar suyo. No era hombre propenso a creer en hechizos, ni en sortilegios, ni en brujerías. Ni en nada parecido. Por lo menos nunca creyó serlo.

No obstante, había acabado abandonándose, rindiéndose, sometiéndose a todo aquello. Ya no dudaba. Ya no podía dudar.

Pero la extraña e insólita aparición de Victoria Williamstton, tenía que reconocerlo, había favorecido a sus planes. A sus verdaderos y auténticos planes.

De existir aún Celeste y Denise, sus dos cuñadas, ¡quién sabe los peligros que ello pudiera entrañar para él! Así, muertas, todo quedaba sencillamente allanado. No, ya nada se le ponía por delante.

Era la hora adecuada. Decidió salir del castillo. Y así lo hizo, convencido, claro está, de que se encontraría con Victoria Williamstton. ¿Acaso no era una noche de niebla...? Y por cierto, de una niebla más densa y espesa que nunca. Daba la sensación de ser algo material, que pudiera cortarse.

Pero le esperaba una sorpresa... inquietante y sobrecogedora. Victoria Williamstton no apareció ante él. Ni en la hoguera, ni luego con su hermoso vestido de tisú plateado.

Igual que si nunca hubiera existido. Igual que si nunca hubiera sido un alma del otro mundo.

Sí, aquello le resultó sobrecogedor e inquietante. Porque si no la veía, razonó, ¿cómo iba a decirle que había cambiado de idea y que, en conclusión, estaba dispuesto a darle lo que le pedía...? ¿Cómo iba a decirle, pues, que no matara a nadie más...?

¿Y si ahora se decidía a matarle a él? He aquí, claro, lo sobrecogedor e inquietante.

Se le metió el miedo dentro. Un miedo que le impidió razonar, y que, en definitiva, le hizo desvariar, trastornarse, desatinar y perder los nervios. Perderlos por completo.

Estuvo esperando durante horas y horas, hasta que el nuevo día empezó a despuntar, y sólo entonces, cuando la claridad del amanecer vencía ya a las tinieblas de la noche, fue el momento en

que se decidió a regresar. Y regresó arrastrando los pies, temblando y sudoroso.

Se echó en la cama y quiso dormir aunque sólo fuera un par de horas. Inútil. Todo inútil. El sueño no se apiadaba de sus párpados.

Entonces optó por dejar su dormitorio y por dirigirse al salón biblioteca. Instantes después llamaba a su secretario y esta vez también a su chófer.

Ya con la puerta cerrada, sabiendo que nadie iba a oírles, les comunicó todo el miedo y el espanto que recorría su cuerpo. A la misma velocidad que su sangre, más rápidamente aún. Estaba, verdaderamente aterrorizado.

—Pero ¿de qué? —le preguntó el secretario.

—¿Qué > sucede? —inquirió a su vez el chófer.

Lord Nellmmens se decidió a explicarles todo a aquellos dos hombres, que no debía olvidar que eran sus cómplices. Necesitaban desahogarse y pedirles consejo. De no hacerlo así corría el riesgo de enloquecer.

Pero cuando concluyó con su alucinante relato, no encontró la comprensión que buscaba. Muy al contrario.

Su secretario le respondió con una sonrisa sarcástica. Su chófer soltó una risotada.

—Bueno, pero ¿se puede saber a qué viene esta historieta? —barbotó el chófer, instantes después.

—¿Qué parodia es ésta? —quiso saber el secretario.

—No es una historieta, no es ninguna parodia —dijo lord Nellmmens con la respiración entrecortada—. Es la verdad, os aseguro que es la pura verdad... Todo eso que os he explicado mis ojos lo han contemplado... Todo eso me ha sucedido a mí...

—Oiga, lord Nellmmens —ironizó el secretario—, si está pensando en impresionarnos con un cuento como ése y así poder dejamos a un lado, olvídelo...

—Queremos nuestra parte, lo acordado —advirtió el chófer—. Otra cosa no vamos a aceptarla. Sépalo de una vez.

—Pero ¿quién habla de dejaros a un lado? ¿Quién dice nada de no daros lo acordado? Me he limitado a explicaros...

—Y ha sido ella, un alma del otro mundo —ironizó de nuevo el secretario—, quien ha matado, según usted, a Celeste y a Denise...

—Ella ha dado la orden.

—Resultaría espeluznante —dijo el chófer—, si a la vez no fuera gracioso, muy gracioso.

—No me tomáis en serio... —se lamentó lord Nellmmens.

—¿Pues que esperaba, que nos lo creyéramos así, por las buenas, como si fuéramos un par de retrasados mentales? —Acababa de crispas el rostro.

También lo crispó el chófer, que dijo a continuación:

—¿Y esa mujer que murió hace siglos le pide ahora una joya que valga mil veces más que el medallón de plata que lleva puesto...? Mire, lord Nellmmens, de lo suyo, de lo que le corresponda a usted, puede darle lo que quiera... A esa Victoria Williamstton o a cualquier corista lo mismo me da. Pero de nuestra parte, de mi parte al menos, no va a darle nada... Supongo que me expreso con claridad...

—De lo mío tampoco va a darle nada —aclaró el secretario—. Yo nunca he creído en fantasmas y ya soy demasiado mayorcito para empezar a creer...

—Os aseguro que Victoria Williamstton, la dama que luce su hermosura en la galería de cuadros, la del vestido de tisú plateado, es una realidad... —Y la respiración se le entrecortaba cada vez más—. Sólo por las noches, sólo en las noches de niebla... Pero una realidad...

—Y muere cada noche de niebla, sí, ya lo ha dicho. En la hoguera, en medio de gritos pavorosos...

—Ya veo que he perdido el tiempo creyendo que os haríais cargo de los hechos...

—Ella no sabe dónde está escondido el maletín de cuero negro, ¿verdad?

Al secretario, de pronto, le había asaltado una duda, un temor.

—No, claro que no —contestó lord Nellmmens.

—Pitas que siga sin saberlo, por si acaso —dijo el chófer. Quien añadió—: En conclusión, todo lo que nos ha contado, lord Nellmmens, huele a chamusquina. Resulta un olor desagradable.

—¿Cuándo zanjaremos el negocio? —preguntó el secretario—. Tanta espera empieza a hacérseme insoportable. Tal vez, sí —convino—, porque todo esto, efectivamente, huele a chamusquina.

—A mí también se me hace insoportable tanta espera —repuso el chófer—. Y más ahora que nos viene usted, lord Nellmmens, con

unos cuentos que no se los creería ni un niño.

—No son cuentos —afirmó—. Por lo demás, os lo he dicho ya, tengo miedo a que me maten.

—Para que eso no suceda —ironizó de nuevo el secretario—, le vigilaré, lord Nellmmens. Y así, al mismo tiempo, estaremos más tranquilos. No vaya a ser que se nos largue usted con el maletín de cuero negro y esa alma del otro mundo, que al menos a juzgar por el cuadro está de muy buen ver...

—Os lo he explicado ya, tiene un cuerpo horrible, lleno de cicatrices, llagas, supuración... Todo su cuerpo parece un horrible tumor.

Y la voz una y otra vez, a pesar suyo, se le entrecortaba.

—Le vigilaré, no se inquiete por su vida —añadió el chófer.

No tenía sentido proseguir con aquella conversación y lord Nellmmens se dio cuenta. Decidió no hablar más en tal sentido.

Quién sabe, quizá a la siguiente noche tuviera más suerte y encontrara entre la niebla, entre la oscuridad, a la inquietante mujer que era Victoria Williamstton.

De ser así, todo, todavía, podría arreglarse.

En otro lugar del castillo, Karen se había dirigido a Tony Carroll.

—Tony, quisiera hablar contigo.

—Dime, Karen.

—Ayer fue tu día libre, ¿no?

—Sí.

—Te vi desde la explanada, te fuiste en el autocar de línea.

—Sí, es cierto.

—¿Adónde te dirigías? Supongo que ahora ya no te importará decírmelo. ¿O sigues queriendo guardar el secreto de lo que hiciste?

—Estuve visitando a un par de amigos —le respondió él.

—¿Qué clase de amigos? ¿Policías, como tú...?

—No. Unos amigos que trabajan en unos estudios cinematográficos. Llegué cuando se estaba filmando una encantadora escena circense.

—¿Y qué buscas allí...? —preguntó de nuevo la muchacha.

—Pesquisas —se limitó a decir.

—¿Qué clase de pesquisas?

—Las necesarias.

—Ya —y añadió—: A propósito, ¿qué más hiciste?

—Visité una exposición de cuadros. Exponía una pintora conocida mía, amiga de mi madre. Por cierto, sus lienzos eran magníficos, resultaban de una ternura conmovedora. Pero yo fui allí para hablar con el dueño de la sala de exposición.

—¿Amigo tuyo?

—Exacto.

—¿Y qué buscabas allí?

—Pesquisas —volvió a decir Tony Carroll.

—¿Qué clase de pesquisas? —preguntó la muchacha, lo mismo que acababa de hacer segundos antes.

—Las necesarias... —También Tony Carroll respondió lo mismo.

—Bien, ¿y eso fue todo lo que hiciste?

—No, francamente no —aseguró—. También estuve un buen rato en Dobbissman.

—¡Ah! —Esta vez la muchacha se limitó a esta expresión.

—Estuve en un bar, charlando con los parroquianos, y en varias ocasiones saqué a relucirte a ti y a tu pobre tía enferma...

—¿A mí y a mi tía? —Se atragantó Karen.

—Sí —dijo él—. Lo hice varias veces —y acto seguido—: ¿Te imaginas lo que me contestaron?

—No, no... —Se atragantó la muchacha aún más.

—Me contestaron —repuso Tony Carroll—, que no habían oído hablar de ti en toda su vida... Que no habías nacido allí, que ni siquiera vivías allí... Tu tía tampoco existía, ni enferma ni sana... Bien, preciosa Karen, ¿qué tienes que decir a todo esto? ¿O prefieres que lo diga yo...?

—Mejor que lo digas tú —se resignó Karen tras un leve encogimiento de hombros.

—Pues digo —y lo afirmó categórico, rotundo—, que eres una solemne embustera, y que de ti puedo fiarme menos que de una tomadura de pelo.

CAPÍTULO XII

Lord Nellmmens se dispuso a salir del castillo. Había niebla, mucha niebla, y quién sabe, tal vez allí, en medio de las piedras derruidas y junto a las dos columnas aún en pie aquella noche estuviera Victoria Williamstton agonizando una vez más entre las llamas crepitantes de la hoguera.

De ser así, sin duda luego hablaría con ella. En tal caso todo quedaría solucionado.

Su secretario y su chófer no creían en aquel pasado, en aquel maleficio, pero él sí. ¡Cómo no iba a creer, si había visto todo aquello con sus propios ojos!

Se dirigió al lugar de costumbre. Una vez allí se detuvo. Contuvo el aliento.

Seguía sintiendo miedo, pánico, ésta era la verdad. Era un negro y macabro presentimiento el que le dominaba.

Pero, en eso, oyó la voz de Victoria Williamstton.

—Ya veo que has vuelto...

Respiró con profundo alivio al verla a su lado.

—Sí, he vuelto —dijo. Y se apresuró a añadir—. Te daré lo que me pediste... No quiero que muera nadie más...

—El siguiente hubieras sido tú, lo sabes. Por eso has cambiado de parecer.

—Es posible —lo admitió y dijo—: Estoy dispuesto a ceder y esto es lo que para ti cuenta, ¿no?

—De acuerdo —luego le apremió—. ¿Cuándo me lo darás?

—Mañana —dijo lord Nellmmens.

—Sería preferible que me lo dieras hoy. ¿A que esperar a mañana? Es mejor acabar de una vez.

—No es posible... —empezó a decir.

—Dentro de una hora, ¿por qué no? —Y Victoria Williamstton añadió—: Yo ahora voy a irme, entre la oscuridad, entre la niebla, a

dar un último paseo por estos alrededores... Pero dentro de una hora puedo estar de nuevo aquí, en este mismo lugar...

—¿Dentro de una hora has dicho...? Bueno, sí —cedió—, de acuerdo. Mientras tú das un último paseo por estos alrededores, yo buscaré lo que deseas... —Perfectamente, lord Nellmmens.

—Hasta luego, Victoria Williamstton.

Ella se alejó de allí, poco a poco, con sus pasos alados, siempre misteriosos, casi como si no pisara el suelo, entre la niebla que se iba espesando. Ahora parecía ya una cortina.

Lord Nellmmens se quedó donde estaba quieto, inmóvil, hasta tener la absoluta seguridad de que Victoria Williamstton debía hallarse ya muy lejos. Lo suficiente al menos para no ver lo que él iba a hacer.

Entonces se dirigió hacia un lugar determinado. Donde unas piedras, derrumbadas unas sobre otras, formaban entre sí una peculiar concavidad.

Ya allí, junto a esa concavidad, alargó el brazo y metió la mano en el agujero.

Tuvo que meter todo el brazo, pues lo que había guardado en aquel lugar estaba muy oculto. Pero su mano no tardó en dar con lo que buscaba, así que instantes después aparecía un maletín de cuero negro.

Lo abrió allí mismo, y bastó la llama vacilante de su encendedor para que viera cómo refulgían, de un modo realmente cegador, aquellas maravillosas joyas... Había una cantidad enorme. Aquello debía valer una inmensa fortuna. Era como para emborrachar a cualquiera.

Se dispuso a elegir una de esas joyas. La que le pareció que podía valer, más o menos, lo que Victoria Williamstton le pedía...

Pero no se decidió por ninguna.

De súbito oyó un ruido cerca de él y comprendió que no estaba solo. Dio un respingo.

No obstante, su alarma decreció al darse cuenta de que aquellas dos sombras que acababan de aparecer eran las de su secretado y su chófer. Del mal el menos.

—Me habéis dado un susto horrible.

—Pues a nosotros nos ha tranquilizado —dijo el secretario—, este espectáculo... —Se refería, por descontado, al maletín de cuero

negro—. Es confortador...

—Realmente confortador —asintió el chófer.

—¿Qué? —apremió el secretario—. ¿Vamos a repartirlo ya...?

—Todavía no —dijo lord Nellmmens—. Lo prudente es esperar todavía un poco más.

A continuación el susto iba a ser auténtico. Surgió un nuevo personaje. Llevaba una pistola en la mano.

—¡Quedan todos detenidos en nombre de la ley! —exclamó Tony Carroll, pues era él.

Lord Nellmmens y sus dos cómplices no se esperaban aquello. Se quedaron de una pieza. Los tres por igual. Se vieron incapaces, pues, de reaccionar.

Pero eso fue al principio, durante los primeros segundos. Después se miraron entre sí, como diciéndose: «Somos tres contra uno... No puede resultar tan difícil...». Pero, claro. Tony Carroll iba armado.

—¿Qué significa esto...? —preguntó lord Nellmmens—. Estas joyas son de mi propiedad. —Quería hacerlo creer así, o simplemente deseaba ganar tiempo—. ¿Qué mal hay en que las guarde dónde mejor me parezca?

—Esas joyas —dijo Tony Carroll—, fueron robadas de una joyería. Los asaltantes fueron tres sujetos encapuchados...

—Recuerdo haber leído la noticia en los periódicos —lord Nellmmens conseguía mantener cierta calma, cierta compostura—. Pero si no recuerdo mal, ese atraco, que tuvo como balance la muerte a hachazos de siete personas, fue llevado a cabo por tres perturbados mentales. Acababan de escaparse del manicomio de San Patricio.

—Las apariencias así lo daban a entender, pero demasiado claramente —repuso Tony Carroll—. Eso de dejar escrito en el espejo de la joyería, con sangre de las víctimas: «No estamos locos. F. R. P»., resultaba excesivamente sencillo de descifrar... Por lo demás, pocos días después esos perturbados mentales fueron detenidos. Y de los exámenes médicos que se les hizo, se sacó la conclusión de que estaban locos, rematadamente locas, demasiado para haber podido llevar a cabo un golpe tan perfecto...

—No comprendo adónde quiere ir a parar —dijo lord Nellmmens.

—Como sea que usted nos resultara sospechoso —continuó diciendo Tony Carroll—, no sólo por lo que se refiere a la muerte de su esposa, sino también por ese golpe a la joyería concienzudamente planeado, y como sea, asimismo, que llegara a nuestro conocimiento su intención de comprar este castillo, yo fui comisionado para venir aquí...

Sí, usted nos resultaba altamente sospechoso, con mayor motivo puesto que habíamos investigado en sus cuentas corrientes averiguando que estaba totalmente arruinado... Sólo le quedaba, en verdad, su título... Nada más... —Y agregó el joven—: Cuando me enteré de que pedían un mayordomo, la ocasión me pareció idónea. No pude menos de pensar que empezaba con buen pie.

—Ya veo —repuso lord Nellmmens, haciéndose cargo de que seguir fingiendo podía servirle ya de muy poco—. La policía no es tan tonta como yo me imaginaba. En cuanto a usted, le felicito; ha resultado un mayordomo muy convincente.

—Gracias, señor —contestó con el tono respetuoso que había adoptado aquellos días.

—Pero se ha pasado de listo —dijo el secretario—, creyéndose capaz de darnos caza a los tres, así, usted solo...

—Estoy acostumbrado a vérmelas en situaciones parecidas.

—Parece olvidar —repuso el chófer—, que somos tres hombres que no nos andamos con chiquitas...

—No hace falta que lo aclare, ha quedado sobradamente demostrado —ironizó Tony Carroll—. Tres sujetos capaces de acabar a hachazos con siete personas, dejando sus cabezas separadas de sus correspondientes troncos, sólo para que las culpas recayeran en esos tres dementes...

—Como esos tres locos habían matado así antes de ser encerrados —dijo lord Nellmmens—, yo creí que sería un modo perfecto de dejar claro, muy claro, que se trataba de ellos.

—Pues se equivocó, lord Nellmmens —subrayó Tony Carroll—. La policía es mucho más ladina que todo eso. ¡Y basta de palabras! —exclamó—. ¡Síganme! Y cuidado con que alguno se haga el gracioso. Al primero que lo intente, lo mando con su gracia al otro mundo.

Obedecieron los tres. Sin hacérselo repetir.

Pero había demasiada oscuridad y demasiada niebla, y Tony

comprendió que entrañaba un riesgo indudable conducir a los tres hasta el interior del castillo. En cualquier momento uno de ellos podía jugarle una mala pasada, o al menos intentarlo. De poder separarse prudentemente de ellos, hubiera sido distinto; su ventaja, entonces, habría resultado estimable. Pero si se alejaba, tomando las debidas precauciones, en tal caso favorecería una posible huida.

En conclusión, se decidió a correr el inevitable riesgo. La verdad era que había dado por descontado que el inspector y sus hombres estarían ya por allí, pero por lo visto se retrasaban.

—¡Adelante, pimpllos! —exclamó Tony Carroll—. ¡Y cuidado con lo que intentáis! El dedo del gatillo lo tengo muy nervioso...

Consiguió que obedecieran, que no le hicieran ninguna trastada. Pero eso sólo durante el camino. En el preciso instante que entraban en el castillo, apenas quedaron encendidas las luces del vestíbulo, de pronto, el secretario se le tiró encima al mismo tiempo que el chófer se le abalanzaba sobre los pies y le hacía perder el equilibrio. La pistola saltó por los aires.

Acto seguido, empezó una pelea colosal. Puñetazos, puntapiés, de todo, y más que se diga. Tres contra uno, porque lord Nellmmens se lanzó también al ataque. Se trataba de quitar de en medio, como fuera, a aquel incómodo y peligroso policía.

Pero el policía era ducho en peleas con desventaja y supo demostrarlo con largueza. Por lo que, a pesar de lo mucho que recibía, la verdad es que repartía mucho más. Hasta tal extremo, que llegó un momento en que sus tres adversarios se vieron incapaces de poder con él.

Sólo cabía una posibilidad, que uno de ellos se hiciera con la pistola.

Pero Tony Carroll se abalanzaba contra aquel que iba a buscarla, le pegaba con su puño demoledor y le dejaba atontado durante varios segundos. Lo intentaba el otro, y lo mismo. No había modo de conseguir aquel objetivo.

Hasta que, finalmente, fue el propio Tony Carroll quien logró hacerse de nuevo con la pistola.

—¡Quietos! —ordenó entonces.

Y como allí ya no interceptaba su misión la niebla, ni las tinieblas de la noche, todo estaba ya dicho. No iban a poder escapar. Aquello estaba ya visto para sentencia.

En aquel momento llegó el inspector y sus dos hombres.

—Lamento no haber podido llegar antes —dijo a Tony Carroll—. Es que hemos estado persiguiendo a una mujer joven, pelirroja... Finalmente se nos ha escapado... Celebro que usted haya podido salir airoso de esto...

—De sobra, inspector —contestó Tony Carroll.

—Esto es un lamentable error —dijo el secretario—. Nosotros no hemos matado a Celeste ni a Denise...

Hablaba porque veía a lord Nellmmens tan desplomado, tan derrumbado, que acababa de comprender que ya no iba a tomarse la molestia de defenderse. Debía pensar que para qué hacerlo. Las muertes de la joyería eran suficientes para llevarles a todos a la horca.

—No, no hemos sido nosotros —repuso el chófer—. Somos inocentes de esas muertes...

Karen había aparecido pocos minutos antes, y ahora miraba a Tony Carroll con satisfacción, con orgullo. La pelea que había llevado a cabo era digna de todo encomio, de toda alabanza. No cabía dudarlo.

—Nosotros no hemos matado a Celeste, ni a Denise —repitió el secretario.

Estaban empeñados en demostrar su inocencia. Como si de eso viniera.

—Entonces, ¿quién fue...? —preguntó el inspector—. ¿Acaso usted, lord Nellmmens? Si es así, será mejor que confiese y que nos simplifique el trabajo.

Lord Nellmmens volvió en sí al oír pronunciar su nombre, y levantó la cabeza hacia el inspector. Luego la movió negativamente.

—No... yo no... no he sido... —tartamudeó.

—Entonces, ¿quién...? —inquirió de nuevo el inspector.

—A eso... a eso podría responderle Victoria Williamstton —dijo lord Nellmmens, finalmente.

—¿Y quién es Victoria Williamstton? —quiso saber.

—Una joven que murió hace siglos quemada en una hoguera... Una joven muy hermosa... En la galena de cuadros tengo su lienzo... Es la que lleva el vestido de tisú color plateado...

—¿Y una mujer que murió hace siglos es la única que sabe quién ha matado a sus cuñadas Celeste y Denise? Oiga —se escamó—, que

esto me suena a chungu...

—Le aseguro que Victoria Williamstton es un ser aparentemente vivo y que ella misma me confesó, que...

—Por ese lado no siga —le interrumpió el inspector. Y añadió—: Prestará declaración en comisaría. Hasta entonces tiene tiempo para encontrar una explicación más aceptable.

—Yo no quiero cargar con culpas que no son mías... —dijo el secretario—. Y como yo no he matado a ninguna de esas dos mujeres...

—Ni yo tampoco lo he hecho —repuso a su vez el chófer—. Puedo jurarlo.

—¿Y vale algo un juramento en boca de un hombre como usted? —preguntó el inspector.

—No vale nada —intervino Tony Carroll—, pero lo curioso es que dice la verdad. Dicen la pura verdad. Al menos en eso son sinceros.

—¿Cómo dice usted...? —El inspector, por lo visto, seguía muy despistado al respecto.

—Digo que al menos en eso son sinceros —repitió—. En efecto, ninguno de los tres asesinó a esas mujeres... Hay otro asesino merodeando por estos lugares, y por eso, inspector, le había pedido que vigilara mientras yo me encargaba de averiguar dónde guardaba lord Nellmmens el maletín de cuero negro... Pero ya me he dado cuenta; ese otro asesino se le ha escapado de las manos...

—Hemos visto a una mujer —dijo el inspector—. Ha sido ella quien se nos ha escapado entre la niebla. No, no había ningún hombre.

—¿Usted cree...? —dudó Tony Carroll.

—Sí, sí... —Pero vaciló ostensiblemente al decirlo.

—Yo creo, por el contrario, que estaba por aquí, muy cerca... Sólo que, por lo visto, se ha dado buena maña en esfumarse cuando se ha percatado de que los hechos se complicaban. Así pues, no va a tocarme otro remedio que ir en su busca.

—¿Usted solo? —preguntó el inspector.

—Será suficiente —dijo Tony Carroll, seguro de sí mismo.

—Yo puedo acompañarte —sonrió Karen—. Si no estás enfadado conmigo y me aceptas.

—De acuerdo —contestó él, y olvidándose de todas sus mentiras

le devolvió la sonrisa.

En aquel instante, de un modo ciertamente inesperado, el chófer echó a correr. Debió pensar que a sus veintitrés años le resultaría fácil huir.

Huyó, sí, y consiguió incluso salir del castillo. Tony Carroll pudo seguirle y alcanzarle en un par de zancadas, pero algo pareció decirle que iba a ser innecesario hacerlo. Así que, de momento al menos, demoró la persecución.

En efecto, ¿a qué darle caza si con la niebla, la oscuridad, y con la precipitación de la huida, estaba claro que no llegaría lejos?

Así fue. Al poco de adentrarse entre las ruinas del castillo, puso un pie en falso, resbaló y cayó...

Eligió un mal lugar para hacerlo. La altura era allí considerable.

Se dio con la cabeza contra una de las piedras.

Cuando los demás llegaron, le encontraron con el cráneo abierto. Le salían los sesos.

CAPÍTULO XIII

En la pequeña casa de la colina había encendida una luz. Ésta salía a través de los cristales de una de las ventanas.

Tony Carroll se acercó hasta la puerta, seguido de Karen. Pulsó el timbre. Una sola vez, pero bastante largo.

Poco después se oían unos pasos y la puerta se entreabría. Vieron el rostro pecoso de Patrick Williamstton.

—¡Ah! ¿Son ustedes...?

Y terminó de abrir la puerta, mostrando en su rostro una expresión sumamente abierta y cordial.

—Dueñas noches —saludó Tony Carroll—. ¿Podemos pasar?

—No faltaría más —sonrió—. Pero a estas horas, francamente, no comprendo...

Y se detuvo, demostrando que no sabía qué pensar de una visita tan intempestiva.

—Me hago cargo de su sorpresa —dijo el exmayordomo—. Es más de medianoche, no son horas de hacer visitas. Pero como hemos visto luz...

—Me gusta la lectura —repuso Patrick Williamstton—. Por lo regular suelo leer hasta muy tarde.

—¿Está usted solo?

—Sí, sí. Estoy solo —y acto seguido—: Pero no se queden ahí; pasen, por favor... ¿Les apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Como gusten. Siéntense...

—Estamos bien de pie.

Como gusten —repitió. Pero esta vez debió adivinar que pasaba algo anormal, así que preguntó—: ¿Sucedec alguna cosa?

—Sí, francamente —contestó Tony Carroll.

—Les escucho —y anticipándose a lo que pudieran decirle—: Si en algo puedo ayudar, a lo que sea, sepan de antemano que cuentan

incondicionalmente conmigo.

—Más que buscar su ayuda, señor Williamstton, vengo a comunicarle que el otro día, que lo tuve libre, estuve en una exposición de cuadros...

—¿De veras?

Se había quedado un poco sorprendido, pero sólo eso, de momento sólo eso.

—Exponía una amiga de mi madre. Es una magnífica pintora, de una ternura conmovedora. Y una vez allí aproveché la ocasión para hablar con el dueño de la sala de exposición.

—¿Sí...? —se limitó a inquirir, brevemente.

—Deseaba saber si usted, señor Williamstton, era aficionado a la pintura, o mejor dicho, deseaba saber si usted había expuesto en alguna ocasión... Algo me decía que sí. Sin duda se trataba de una corazonada.

—No le comprendo —dijo Patrick Williamstton.

—Me comprendería perfectamente —repuso Tony Carroll—, si supiera que el otro día, en la galería de cuadros del castillo, en el lienzo de su antepasada Victoria Williamstton, me permití una pequeña manipulación.

—¿Ha dicho manipulación?

—Sí, eso he dicho. Aclarado. Saqué un cortaplumas y rasgué un poco en el lienzo, dándome cuenta de que la pintura de esa hermosa joven, pelirroja, está cubierta con una capa especial, no sé exactamente de qué, pero cuya misión resulta obvia. Se trata de hacer creer que el lienzo es antiguo, cuando, en realidad, la pintura es reciente.

Patrick Williamstton había palidecido.

—Mi antepasada Victoria Willi... —empezó a decir.

Pero Tony Carroll hizo un gesto con la mano, interrumpiéndole. Como diciéndole que no defendiera causas perdidas. Después siguió hablando.

—Antes había fisgoneado en las dos columnas que aún se hallan en pie, al otro lado del castillo, donde éste se halla más derruido. Evidentemente encontré algo que despertó mi atención, dejándome a la expectativa...

—¿De veras?

—Sí, encontré unos agujeros, pequeños, sí, pero suficientes como

para meter en ellos unos tornillos, o algo así... No sé si me entiende...

—No.

—Al verlos —prosiguió Tony Carroll—, pensé que si estaban allí era por algo. De tratarse de unas vulgares rajadas o hendiduras, hubiera dado por descontado que se debían al transcurso del tiempo... Pero agujeros allí, precisamente allí, daban que pensar, ¿no le parece...? —Pero esta vez no esperó respuesta ninguna, ni buena ni mala, y prosiguió—: Porque era precisamente allí, donde cada noche de niebla moría en la hoguera su antepasada... Sí, moría quemada, en medio de gritos pavorosos... Yo acababa de verlo con mis propios ojos...

—Usted sabrá —masculló Patrick Williamstton—. Usted se lo está diciendo todo...

—A eso he venido —aclaró Tony Carroll—. A decirlo todo; es el momento de hacerlo. Pues bien, como le explicaba, hablé con el dueño de aquella sala de exposición, el cual me asesoró debidamente, poniendo en mi conocimiento, no sin tomarse algunas molestias, esto por descontado, que usted era muy aficionado a la pintura... O mejor dicho, que era usted un artista estimable, aunque, en honor a la verdad, hasta entonces no había tenido suerte, el público no había terminado de valorar su arte...

Patrick Williamstton estaba palideciendo cada vez más.

—Saqué una rápida conclusión —repuso Tony Carroll—. Que usted había pintado a su antepasada. Que de antepasada, claro está, no tenía nada... Puestas así las cosas, ¿quién era esa hermosa muchacha pelirroja? Resultaba una interesante pregunta.

—¿Sí...? —masculló de nuevo Patrick Williamstton.

—Una pregunta que, desde luego, no tardé en responderme. Se trataría, sin duda, de una artista de cine... Limitada y mediocre artista de cine, qué duda cabe, pues de lo contrario no se hubiera avenido a tales tejemanejes. Me refiero, a que entre unos agujeros y los otros, los que hay en las columnas, yo me imaginé colocada una pantalla... O algo muy parecido a una pantalla cinematográfica... Por allí cerca andana también, imagino que bien oculta, la cámara correspondiente de proyección... En conclusión, fui a visitar unos estudios cinematográficos, donde tengo a un buen amigo, y le mareé lo suficiente, hasta que conseguí que me dijera en qué

película podía existir la escena de una muchacha que era quemada en una hoguera... Debía tratarse de una película reciente...

Sí, dio con ella, aunque me hizo saber que en tal filme el papel de la muchacha a la que yo aludía había sido de muy poca monta. Por lo demás la película había constituido un fracaso, apenas había sido proyectada. No obstante, una copia de la misma acababa de ser solicitada por no sabía quién. Sin duda, dedujo mi amigo, algún señor adinerado que quería distraerá sus invitados.

Se detuvo, y esta vez Patrick Williamstton no dijo nada. Pero su palidez era ya tan intensa, que desde luego podía asegurarse que se había quedado verdaderamente lívido.

—Eso dedujo mi amigo, pero no yo —continuó diciendo Tony Carroll—. Yo me incliné más a suponer que la copia del filme había sido adquirida con la preconcebida idea de sacar de allí la escena de la hoguera y de proyectarla en la improvisada pantalla, es decir, entre esas dos columnas que aún se hallan en pie... Sólo las noches de niebla, de mucha niebla, claro, para que el trucaje quedara debidamente disimulado...

Llegado este momento, Patrick Williamstton se vio completamente al descubierto. Hasta entonces había querido hacerse ilusiones al respecto, pero ya todo era inútil. Aquel mayordomo, o lo que fuera, le había complicado la vida en exceso. Más aún, estaba seguro de que asociaría a los hechos referidos las muertes de Celeste y Denise...

No se equivocaba.

Tony Carroll prosiguió en estos términos:

—Usted pretendió, y lo consiguió, por descontado, que lord Nellmmens diera por bueno todo el tinglado... Si veía a su antepasada en la galería de cuadros y luego la veía morir en la hoguera, ¿cómo dudar de que el pasado se fundía en el propio presente en una cabriola diabólica, satánica, infernal? Además, el traje de tisú plateado que llevaba en el cuadro era el mismo que llevaba después cuando aparecía entre la niebla. Sí, consiguió lo que se proponía —añadió Tony Carroll—. Pero, claro, necesitaba averiguar dónde estaba el maletín de cuero negro... En definitiva, no se trataba más que de eso...

—Sí, sí —asintió esta vez Patrick Williamstton con un brillo malévolos en los ojos.

—Se le ocurrió que Victoria, la mujer que usted ama y que sin duda es su amante, le pidiera una joya que valiera mil veces más que el medallón de piala que llevaba puesto. Seguro que se lo daría... Pero surgía un impedimento, es fácil de comprender... Victoria es hermosa, deseable, y sin duda lord Nellmmens iba a sentirse preso de sus encantos... Le pediría que a cambio satisficiera sus instintos sexuales... ¿Manera de evitarlo? Tuvo la idea de hacer ver que Victoria tenía el cuerpo lleno de cicatrices, de llagas, de supuración... Entonces, por descontado llegaría la repulsión por parte de lord Nellmmens. Perfecto. Todo hábilmente calculado...

Tony se detuvo, pero esta vez porque acababa de abrirse una de las puertas que daban a aquella estancia, dejándose ver Victoria Williamstton, o como sea que se llamase. Iba envuelta en una bata larga, anudaba a su esbelta cintura. La cabellera le caía por atrás como una llamarada.

—Aseguraría —dijo Tony Carroll—, que debajo de esa bata lleva todavía esa piel falsa, artificial, que hizo creer a lord Nellmmens que su cuerpo era algo verdaderamente horrible.

Se había acercado a la muchacha y de pronto, sin permiso previo, cogió la bata por una solapa y de una brusca sacudida intentó quitársela de encima.

Lo consiguió, aunque sólo en parte. Sobradamente, empero, para poder demostrar que, en efecto, allí estaba aquella piel falsa. Por lo visto no había tenido tiempo de quitársela.

—Y debajo está su verdadero cuerpo —añadió Tony Carroll. Y de una nueva sacudida, esta vez arrancó parte de aquella piel.

Apareció el auténtico cuerpo de la muchacha. Un cuerpo maravilloso, digno, en verdad, de revistas de desnudos.

—¿Cómo se ha atrevido? —barbotó entre dientes la muchacha.

—Esto no es nada para lo que les aguarda. A usted, Victoria Williamstton, o como sea que se llame, y a usted, Patrick, o a los dos conjuntamente. Alguien mató a Celeste y a Denise...

—¡Fui yo! —exclamó Patrick Williamstton, cada vez más malévolo el brillo de sus ojos—. ¡Yo! Y volvería a hacerlo. Teníamos que atemorizar a lord Nellmmens. Teníamos que obligarle, quisiera o no, a ir en busca del maletín de cuero negro. Y para demostrarle que su vida peligraba si no se avenía a las exigencias de Victoria, ¿qué mejor que matar a las personas que él más quería? Incluso,

después de hacer esto, una noche de niebla Victoria dejó de presentarse. ¡Para asustarle del todo! ¡Para aterrorizarle! Era preciso llegar a eso.

—Se equivocó usted, Patrick. Lord Nellmmens no sentía el menor cariño por sus cuñadas, todo lo contrario. Sólo que, fingiéndolo así, a su vez se las ingenió para que murieran y no le estorbaran. Una reacción lógica en una persona como él... Un ser malvado y cruel, un criminal que... En fin, ¿qué voy a decirle de él que usted ya no sepa? Lo sabe de sobra... El otro día estuve también en la comisaría de policía, hablando con mis compañeros... Sí, compañeros, porque yo también soy policía... Allí les pedí, para ver de rimar todo este asunto, el nombre del joven que se hallaba en la joyería cuando se produjo el atraco... Ese joven, cuyo nombre no quiso el interesado que se hiciera público, que logró esconderse tras una cortina de terciopelo rojo... El único testigo ocular de los hechos... El único que quedó con vida... Me dieron el nombre de Patrick Williamstton...

—¡Sí, yo fui el único testigo de tales hechos! —exclamó Patrick Williamstton—. Nunca creí, ciertamente, que me pudiera servir de algo haber presenciado aquella espeluznante matanza... Pero luego, cuando puse el castillo en venta y llegó lord Nellmmens, le reconocí... Reconocí perfectamente sus ojos, que yo había visto brillando de un modo demencial... Era el encapuchado de la metralleta, y comprendí, ¿cómo no comprenderlo? que si quería comprar mi castillo era para esconder lo robado en la joyería. Entonces lo tramé todo... Necesitaba dinero, mucho dinero... A Victoria y a mí nos gusta vivir... Y nada me hubiera salido mal, a no ser por usted... En cuanto lord Nellmmens sacara el maletín de cuero negro de su escondite, aparecería yo y a punta de pistola se lo quitaría, y luego huiría. Huiríamos —pluralizó, mirando a Victoria—. Y como lord Nellmmens no podría acudir a la policía a denunciar el robo...

—Pero cuando lord Nellmmens ha sacado el maletín de su escondrijo, han aparecido sus cómplices —dijo a su vez Victoria—, y después usted... Hemos comprendido que todo estaba perdido y hemos retrocedido... Pero estaba merodeando por allí el inspector y dos de sus hombres, así que no nos ha dado tiempo más que para refugiarnos aquí...

—Todo explicado —dijo Tony Carroll—. Perfectamente explicado.

—Menos el desenlace —repuso Patrick Williamstton, y sacó a relucir, presto, una pistola automática. Luego agregó—: No estoy dispuesto a que me detengan y condenen por la muerte de esas dos mujeres viejas y feas...

—Cuando la justicia castiga por un crimen —Tony Carroll usó un tono un tanto socarrón—, le aseguro a usted que no se tiene en cuenta si las víctimas eran o no viejas y feas. Todo el mundo tiene derecho a la vida, incluso los feos, ¿no cree?

—¡Usted no tiene ese derecho! —exclamó Patrick Williamstton—. Se ha metido demasiado en la madriguera y la fiera le ha atrapado en su propio terreno.

Y centelleaban siniestramente sus ojos, que ahora más que nunca tenían destellos de asesino.

—El inspector y sus dos hombres están en el castillo —intervino Karen, que hasta aquel momento no había despegado los labios—. Yo de usted lo pensaría dos veces antes de disparar... Los disparos se oírían desde allí...

—No van a salir con vida de ésta —especificó Patrick Williamstton con el tono cortante—. Pondré el silenciador y todo arreglado...

Pero era un iluso si creía que Tony Carroll le iba a dar opción a hacerlo.

Brevísimos instantes después, a su primer inicio de descuido, un puntapié relámpago le haría quedar desarmado. Y al acto, por lo demás, se vio enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con Tony Carroll. Una lucha en la que, a las claras, llevó desde el primer momento las de perder.

Pero la pistola había quedado en el suelo a pocos pasos de Victoria, y ella era una mujer que no había de permanecer inactiva cuando su intervención, como en ese caso, podía resultar decisiva.

Así pues, se precipitó hacia el arma.

Sin embargo, no había contado con Karen. Un gran error por su parte.

Cierto que Karen no tenía aspecto de ser capaz de encararse con ella, ni con nadie, pero las apariencias engañan. Y pronto había de demostrárselo.

Así que Victoria se inclinó sobre la pistola, Karen le cayó encima, por la espalda, logrando sujetarla por un brazo, retorciéndoselo, y haciéndola saltar por los aires, por encima de ella, e ir a estrellarse aparatosamente contra el suelo, acabando con un hueso roto.

La maniobra de Karen había sido precisa y contundente. Ni un movimiento de más ni uno de menos. Pura técnica.

Por lo que Tony Carroll, así que logró dejar fuera de combate a Patrick Williamstton, tras un contundente y demoledor puñetazo, se volvió hacia la muchacha y la felicitó.

—Bravo, Karen; lo has hecho muy bien.

Todo en la vida tiene una explicación, por descontado que sí, y no era una excepción lo que acababa de suceder.

La explicación, pues, no tardó en llegar. En boca del inspector de policía.

—¿Qué le parece, Carroll, el agente femenino que le he puesto al lado...? Guapa chica esta Karen, ¿verdad?

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

